ÁNGELA

ó

EL RAMILLETE DE JAZMINES,

NOVELA ORIGINAL

DE LA

SEÑORA DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGÁR.

TOMO III.

MADRID:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE R. VICENTE,
calle de Preciados, núm. 74.
1866.

Esta obra es propiedad de
la autora.

CAPÍTULO PRIMERO.

Dos años habian trascurrido desde que Angelina abandonada de su esposo dejó el teatro y se retiró á su alquería del Cabañal. Durante este tiempo su existencia se deslizó monótona y tranquila; su carácter se tornó melancólico, pero sin perder su habitual dulzura y su evangélica resignacion. Angel Augusto y Ermelinda eran el encanto de sus dias, distribuyendo entre ellos y sus padres sus atenciones y su cariño.

Era á principios del otoño, la época en que volvemos á encontrarlos; la campiña estaba risueña luciendo en toda su lozanía la riqueza de sus frutos en la huerta de Valencia.

Angela ocupaba su pabellon, Ermelinda tenia sus antiguas habitaciones contíguas á las de su abuela, y Angel Augusto tomó posesion, desde el momento en que llegaron á la alquería, del aposento en que su padre habia vivido durante su juventud.

—Abuelita, abuelita, decia Angel Augusto, que se complacia en dar á doña Margarita tan dulce título: Ermelinda está subiéndose á los árboles y echando abajo la fruta; temo no se lastime, y vengo á decírselo á Vd., porque de mí no hace caso.

—¡Qué criatura!.... solo piensa en correr y en jugar, ¡es una loca! esclamó Angela que estaba sentada debajo de una higuera á la puerta de su pabellon, ocupada con su madre en una labor de aguja.

—Ya voy á buscarla, dijo esta levantándose, y la haré venir á trabajar.

—Pues ya es hora de que tenga juicio; ha cumplido catorce años, repuso Angela.

Nada habia perdido de su belleza la hermosa *prima-donna*, al concretarse á la vida domés-

tica, y á la apacible tranquilidad del campo y del hogar de su infancia.

Estaba más delgada, pálida y triste casi siempre, más en cambio la paz de una conciencia tranquila se reflejaba en sus hermosas facciones, llenas de espresion y de brillantez en sus épocas de gloria y de laureles. Doña Margarita volvió con Ermelinda, que llevaba infinidad de frutas diversas en la falda. Angel Augusto la seguia triste y cabizbajo; de vez en cuando la graciosa niña se volvia hácia él, y con un gracioso gesto de amenaza le decia:

—¡Ya no te quiero!.....

Esto causaba al adolescente profunda pena: tenian catorce años, y ya se amaban con esa primera ilusion de la niñez, que no puede llamarse amor, pero que es el preludio de ese sentimiento angélico que llena las almas tiernas desde su primera juventud.

La niña fué á tomar su labor, sentándose cerca de su madre y de su abuela, permaneciendo largo rato muy séria y sin alzar los ojos.

El anciano paralítico salió, como todas las tardes, en su sillon de ruedas á dar su acostumbrado paseo por la huerta; Angel Augusto recibió la órden de acompañarle, y le siguió en silencio, siendo despedido por una irónica mirada de Ermelinda que significaba un intencionado «me alegro».

Estos juegos de los niños, y esta mútua inteligencia no se habia escapado á la penetrante mirada de Angela, mucho más cuanto tenia presentes parecidas escenas cuando amaba á su primo, y les unia la esperanza de un enlace que por su desgracia no debia llegarse á verificar.

—¡Ay! ¡ojalá que ellos sean felices!.... se repetia con frecuencia.

En este propósito procuró apartar á su hija de todo cuanto tuviese relacion con el mundo del arte, ocultándola por completo las locuras de su fantasía, que la hicieron tan desgraciada.

Ermelinda no era tampoco un génio como su madre, y tenia escasa aficion á la música.

—Hace mucho tiempo que Augusto no escri-

be; ¿qué le habrá sucedido? dijo doña Margarita despues de un rato de silencio.

—Es verdad, contestó Angela; y ya debe estar en París: en su última carta nos anunciaba que se dirigia á este punto.

—Si me permites, mamá, iré al balcon á ver si viene el cartero, dijo Ermelinda, que con su natural viveza no podia estar mucho tiempo sentada.

—Haz lo que gustes, hija mia, repuso Angela, siempre deseando complacerla.

La niña soltó la labor, y se marchó saltando. Apenas quedaron solas, esclamó la anciana:

—El infeliz Augusto debe llevar dos años fatales; dia por dia y hora por hora sin descansar, recorriendo pueblos, ciudades y aldeas, sin encontrar en ninguna parte la menor huella de su mujer y de ese aborrecido inglés que la sedujo y se la llevó.

—Es bien estraño por cierto; lo mismo ellos que Aquiles, ¿dónde se habrán escondido? dijo Angela con dolorosa tristeza.

—¡Ah! la conducta de tu marido ha sido bien

cruel; ni ha escrito una sola carta desde que se marchó, como si su esposa hubiera sido una mujer criminal.

—Por lo menos me tiene en ese concepto; juzgó por las apariencias, y me abandonó sin comprender mi corazon ni mis sentimientos.

—¡Infame!.... murmuró con indignacion la anciana.

—¡Mamá!.... ¡mamá!.... aquí traigo muchas cosas, dijo con alegría Ermelinda apareciendo en el jardin.

—¿Qué traes? preguntó Angela.

—Dos cartas y un ramillete de jazmines que un lacayo ha dejado para tí.

Angela palideció visiblemente.

Entre las hojas del ramillete habia una diminuta tarjeta, que en letras de oro decia:

«Jorge Willians tiene el honor de saludar á la ilustre *prima-donna* Angelina Florentini.»

—¡Oh! ¡el inglés está en Valencia!.... esclamó la jóven; sin duda se ha cansado de Emerenciana, y viene á vengarse de mi desden.

Arrojó con ira el ramillete á un estanque

allí vecino, y tomó las cartas que le daba la niña.

—¡De Augusto!.... esclamó, y de Aquiles.

—¡Cómo! ¿escribe tu marido?

—¿Es de papá? ¡Ay! ¡qué alegría!.... ¿Ves cómo no nos ha olvidado? dijo Ermelinda.

La emocion que Angela esperimentó, no la permitió en algunos momentos leer las cartas que dejó caer en su falda, doblando la cabeza sobre el pecho.

—¡Déjanos, hija mia; vete á buscar al abuelito por la huerta, y despues te daremos noticias de tu papá! dijo doña Margarita procurando así alejar á la niña para que no se enterase de ciertos misterios que no la convenia penetrar.

—¡Madre mia! ni aun me atrevo á leer la carta de Aquiles: ¿qué me dirá este hombre despues de dos años de silencio?

—Veámoslo; pero si estás demasiado afectada no la leas; veamos la de Augusto que será mas consoladora.

—¡Oh! más triste; el pobre solo sus triste-

zas puede comunicar; dijo Angela abriendo su carta.

—Hé aquí su contenido, que leyó en alta voz la jóven:

«Prima mia: sé que vas á venir á París, tu marido te llama y debes obedecerle porque así tu inocencia triunfará de la calumnia y de la malignidad que te han herido tan injustamente. Tengo muchas cosas que contarte, y como su relato es largo voy escribiéndolas en pliegueci-llos, los que te remitiré cuando se hayan cambiado nuestras residencias, es decir, cuando tú estés en París y yo en Valencia; porque tú vienes y yo voy; nuestro destino es vivir separados y viviremos, aceptando la amarga copa que nos ofrece la suerte.

Deseo respirar las auras del Cabañal para que refresquen mi frente y vivifiquen mi corazon; dices que nuestros hijos se aman, y anhelo contemplar su naciente amor; ¡ay! ojalá que ellos aprovechen la felicidad que nosotros hemos perdido. Dales mil besos, un abrazo á mis queridos tios, y que pronto tendré el gusto

de contarles verbalmente mis infortunios.

Siempre te ama con fraternal cariño tu primo Augusto.»

Durante la lectura de esta carta se habia interrumpido Angela varias veces, unas para enjugar sus lágrimas, otras para lanzar esclamaciones de sorpresa; de tal manera la afectó las noticias que en ella le daba, y sobre todo su próximo viaje á París, en lo que no habia pensado ni remotamente.

Doña Margarita sintió tambien un estupor indecible, y ella misma, con la más viva ansiedad, rompió el sobre de la carta de Aquiles y se la presentaba abierta á su hija: esta leyó:

«Querida esposa: despues de dos años de silencio estrañarás que te escriba; pero hasta hoy he vivido en la creencia de que eras culpable, y no solamente culpable, sino muy criminal como esposa y como madre. Adquirí pruebas de ello, las que pudieran servirme ahora mismo en cualquier tribunal, para separarme de tí y arrancarte mi hija.....»

—¡Qué horror!.... esclamó doña Margarita.

«Pero no lo hice entonces y menos lo haré hoy, que conservo la esperanza de que puedas justificar tu inocencia. Creo que por el amor á Ermelinda y á tu propio decoro, no te negarás á complacerme; así pues te ruego que apenas recibas mi carta te pongas en camino y vengas á reunirte conmigo. Es aquí necesaria tu presencia, porque tengo firmado tu contrato y debes cantar en el Teatro de la Opera: ha sido un compromiso al que no pude evadirme sin declarar que estábamos separados, y eso he tenido buen cuidado de ocultarlo por honor tuyo y de mi hija.

»Te aguarda con impaciencia,

»Tu esposo Aquiles.»

Esta carta, hizo una terrible impresion en las dos mujeres, que instintivamente rompieron á llorar y se arrojaron una en brazos de la otra.

—Es preciso obedecer; no hay remedio, murmuraba entre sollozos Angela.

—Es tu deber, hija mia, no puedo menos de aconsejarte como Augusto que vayas á reunirte

con tu marido, aunque esta partida me destroza el corazon.

La rectitud de la noble anciana triunfaba siempre de sus afecciones; mas no pudo ocultar su inmenso dolor que desahogó en lágrimas en el pecho de su idolatrada hija.

CAPITULO II.

Un vapor debia salir para Marsella al dia siguiente de recibir Ángela la carta de su marido; en él dispuso embarcarse la desgraciada jóven para dirigirse á París. Con lágrimas en los ojos se ocupó toda la tarde en sus preparativos de viaje, acompañándola su buena y amorosa madre, que pensando si tendria que lamentar otra larga ausencia de diez años, tenia traspasado el corazon. Por la noche, despues de íntimas y tristes conferencias con sus padres y con los niños, se retiró por última vez á descansar unas cuantas horas en su gabinete del pabellon,

donde se complacia en habitar, porque allí estaban sus mas queridos y desgarradores recuerdos.

La luna, en su período menguante, reflejaba una débil y pálida luz entre los árboles del jardin, cuyas sombras se confundian con las de dos formas estrañas que se paseaban acercándose y retirándose del pabellon.

Cuando Ángela entró, las dos misteriosas sombras se escondieron tras un árbol, observando cómo cerró las persianas de la ventana, dejando abiertas las maderas y los cristales.

Un largo intervalo de silencio sucedió á este movimiento; poco á poco la casa quedó en el mayor reposo, escuchándose únicamente el ruido del mar y los gemidos del viento, confundidos con el incesante rumor de las olas al estrellarse en las rocas.

Las dos sombras fueron acercándose al pabellon, examinaron la puerta y estaba cerrada.

Entonces se escuchó una voz que en misterioso y débil acento dijo:

—¡Ah! señor, tendrá V. que saltar por la ventana.

—Ya lo veo, Pedro; afortunadamente no ha echado las persianas; retírate y observa.

—Bien, será V. complacido; pero prométame otra vez portarse como un caballero.

—No acostumbro á repetir las cosas; retírate, y si tienes miedo, vete; ya eres rico y no necesitas de tus amos para nada.

La imperiosa voz del que pronunció estas palabras impusieron al llamado Pedro, en quien habrán reconocido nuestras amables lectoras al jardinero de la alquería.

Ángela, dejando la luz en la primera pieza entró en su dormitorio, buscando la llave de su papelera en el cajon de una mesita que tenia cerca de su cama; volvió á tomar la luz y se dirigió al gabine donde estaba el piano y el retrato de su primo, encima del secreter. Sintió un pequeño ruido en la ventana, del que no hizo caso, creyendo seria producido por alguna ráfaga de viento; entró sin temor, y al dejar la luz en una mesa vió delante de la ventana la imponente y severa figura de Jorge Willans.

—¡Caballero!.... murmuró Angela sorprendida, retrocediendo algunos pasos.

—¡Señora! ¡perdon! esclamó el inglés tirando el sombrero y arrojándose á los piés de la jóven con ademan suplicante.

—Salga V. de aquí, ahora mismo, ó le haré arrojar por mis criados, dijo con majestuosa altivez Angela.

—No saldré de aquí sin que V. me escuche y me perdone.

—Me obligará V. á gritar, repuso Angela.

—Y V. en ese caso me hará cometer una violencia, dijo Jorge con impasibilidad sacando una pistola y colocándola amartillada al alcance de su mano.

—¿Seria V. capaz de atentar contra mi vida?

—No, señora; contra la mia sí, porque ya me cansa, porque la vida sin la mas leve esperanza del amor de V. es la mayor tortura, es la mas cruel de las agonías.

—¡Amor! dijo con desdeñosa sonrisa la jóven; no hay amor en V., es orgullo, es empeño, y despues de abandonar quizá á la desespera-

cion y á la muerte á una pobre mujer que le ha seguido deshonrándose, viene V., introduciéndose en mi casa como vil ratero, á vengarse de mis desdenes, satisfaciendo su amor propio ultrajado, ¿no es esto?

—¡Qué juicio tan equivocado!... ¡Ah! señora, no ha conocido V. nunca mi corazon, dijo con profunda tristeza el inglés.

—He visto su empeño, su temeridad y eso me basta.

—Eso mismo ha debido probar á V. la fuerza del sentimiento que me ha inspirado, repuso Jorge acercándose á Angelina, que se habia sentado con mucha calma en un sofá, comprendiendo que se hallaba enteramente á merced de aquel hombre y no tenia otro remedio que escucharle.

Sin atreverse á tomar asiento cerca de ella, permaneció de pié, se apoyó en el piano, y cruzando los brazos sobre el pecho la miró con la espresion de un amor infinito, inmenso. Su corazon latia con violencia y sus ojos estaban llenos de lágrimas; quizá eran las primeras que

derramaba en su vida. Su rostro, de ordinario tan impasible y tan frio, revelaba toda la fuerde su amor, el sentimiento inmaculado y purísimo, que se encerraba en su alma.

Angela, estrañando su silencio, alzó los ojos y leyó en aquella mirada todo un poema de sufrimiento y de pasion.

—¿Será verdad que me ame V. con ese amor del alma, que solo se siente una vez en la vida? le dijo conmovida.

—De tal condicion es el cariño que la profeso, que no podré vivir sin una esperanza, sin un ligero indicio de que un dia pueda concederme su estimacion.

—¡Ay! he sufrido mucho por causa de V!....

—Lo sé: y arrepentido de mi crueldad he venido á implorar su perdon; ya he procurado enmendar mi falta, confesando á Aquiles la inocencia de V.

—Por eso me llama, por eso quiere lanzarme otra vez al torbellino de ese mundo que detesto.

—No le lleva la idea de reparar su error,

quiere que V. vuelva al teatro porque está arruinado, y desea llenar otra vez sus arcas á beneficio del talento de V.

—¿Y qué motivos tiene V. para juzgarle de ese modo?

—Muchos; ahora en París habitaba la misma fonda que yo, y he tenido ocasion de conocerle á fondo, comprendiendo que ha sido V. una mártir á su lado.

Hé aquí por qué la admiro, por qué la amo con mas idolatría si cabe que en los primeros años que la conocí.

Angela, abrumada por el peso de su infortunio habia escondido el rostro entre las manos y lloraba.

Jorge se dejó caer de rodillas á sus piés, y con un acento impregnado de amor y de melancolía esclamó:

—Angela, es V. muy desgraciada y si se deja arrastrar por lo que juzga sus deberes va V. á ser mas infeliz todavía: ¡quiere V. permitirme que la dé un consejo de amigo?

—Hable V.

—No vaya V. á París; no vuelva á reunirse con su marido.

—Jamás: eso no lo haré; me creeria culpable, y yo anhelo que vea mi inocencia.

—Demasiado la conoce: pero nunca la confesará: está interesado en que V. aparezca siempre culpable para que no pueda tacharle sus estravíos.

—Y nadie si no V. tiene la culpa de que él me juzgue infamada, cuando ni la sombra de un remordimiento ha cruzado jamás por mi conciencia.

—No fuí yo enteramente, estaba loco, tenia celos horribles, y me dejé llevar por la seduccion de aquella mujer infernal, dijo Jorge bajando la cabeza con profundo abatimiento.

—En fin, sea de quien quiera, le perdono á V. y á ella; pero le suplico cese por piedad en su idea de perseguirme aumentando la desventura de mi triste vida.

—Mi mayor anhelo es hacer la felicidad de V.; yo la adoro como se adora á Dios, con un amor limpio de toda mancha, inmaculado y bendito;

seré su esclavo, su escudo en las tempestades. Elija V. un punto del globo, donde quiera que sea, y yo la seguiré, consagrando toda mi fortuna y todas las fuerzas de mi alma por apartar de su frente la menor sombra de disgusto.

—¡Imposible !... eso es una locura.

—¡Por piedad!.... yo no puedo vivir sin su amor, y V. al lado de su esposo tiene que ser muy infeliz...!

—¿V. cree que yo he sido dichosa ni un solo momento á su lado? Mi existencia se ha deslizado llena de amargura, aunque rodeada de gloria y pisando una alfombra de laureles. Por esperiencia conoce V. lo triste qne es abrigar en el alma un amor sin esperanza; pues bien, yo abrigo ese amor que nació en la niñez y morirá conmigo. Me juzga V. insensible á su pasion y no sabe que no puedo corresponderle ni le corresponderé jamás, porque soy una de esas mnjeres que solo aman una vez, y que aunque sucumban en la lucha no se degradan nunca.

—¡Ah! murmuró Jorge levantándose medio desvanecido y dejándose caer en una silla como

si hubiera sentido un dolor agudo en medio del corazon. Sus ojos se dirigieron á la pistola y alargó maquinalmente la mano, Angela se precipitó sobre ella.

—¡Jorge! esclamó con terror.

Era la primera vez que le llamaba por su nombre; esto debió conmoverle de tal modo, que rompió á llorar con desgarradores sollozos.

Angela frente á él, con la pistola en la mano dejóse tambien llevar del sentimiento, y sus lágrimas corrieron con abundancia.

—¡Oh! es preciso matar ese amor, murmuró la jóven; él prodrá ser feliz todavía si consigue olvidarme. Luego, quitando el piston á la pistola se la devolvió á Jorge, y poniendo una mano en su hombro que le obligó á levantar la cabeza le dijo:

—Guarde V. esa pistola.

Maquinalmente la puso Jorge en su bolsillo, y volvió á dejar caer su cabeza sobre el pecho.

—¿Me jura V. no atentar contra su vida sin mi permiso? le dijo Angela.

—¿Quiere V. condenarme á un martirio eterno? si V. no me ama ni puede amarme, ¿qué me importa la vida?

—Deseo tener en V. un hermano, un amigo, ¿me lo jura V.? es el primer favor que le pido.

—Lo juro; ¿quiere V. que jure tambien no verla más?

Era tan desgarrador el acento de Jorge que Angela le miró con profunda lástima.

—Venga V., le dijo: voy á descubrirle mi alma entera, y le arrastró delante del secreter que abrió con trémula mano.

Ante su vista aparecieron las sagradas reliquias de su primer amor.

—¿Vé V. ese ramillete de jazmines, esas cartas, esos anillos y esos retratos? era el emblema de nuestro amor, nos amábamos con un delirio infinito, debíamos ser esposos, pero la fatalidad, representada en Aquiles, se interpuso y separó nuestro destinos, condenando dos almas á una vida de tormento, de profundo tédio y de cruelísima amargura. Hace quince años que nos amamos, y sacrificando nuestro corazon en

aras del deber, hemos jurado vivir siempre lejos el uno del otro; ahora yo voy á París y él se viene á España; vea V. su última carta recibida hoy mismo.

—¡Es V. una santa!....

—Pues bien; si yo, que no tengo esperanza ninguna de hallar la felicidad en este mundo, ahogo mi pasion dentro del pecho, ¿no podrá V. sofocarla tambien y buscar la dicha lejos de esta pobre mujer que nada puede ofrecerle?....

—Sin el amor de V. no tengo más recurso que la muerte, dijo Jorge con voz sombría.

—Me ha jurado V. no atentar á su vida.

—Y cumpliré mi juramento; adios, señora, desde hoy tendrá V. en mí un amigo. un hermano, la seguiré á todas partes para preservarla de cualquier peligro; pero no me verá sino me llama, ó necesita hacer uso de mi lealtad.

—¡Jorge!.... adios; quiera el cielo darle la felicidad que yo no puedo concederle, dijo Angela llorando y tendiéndole una mano.

Jorge se precipitó sobre ella, y cubriéndola

de besos y de lágrimas, esclamó entre sollozos:

—¡Adios!.... adios, señora.

—Una palabra, dijo Angela viéndole dispuesto á saltar por la ventana.

—Adivino lo que me quiere V. decir.

—Veamos.

—¡Quiere V. que respete la vida de Augusto!

—Justamente.

—La respetaré: se lo juro tambien; murmuró Jorge llevando otra vez á sus labios la mano de Angela.

A poco desapareció entre las sombras del jardin.

CAPITULO III.

El sueño habíase alejado de los ojos de Angela. Cuando quedó sola cerró herméticamente la ventana y fué á sentarse delante del secreter, que habia quedado abierto. Durante unos instantes estuvo abismada en dolorosas reflexiones; pálida y temblorosa, se estremecia ante aquellos recuerdos que la representaban su perdida dicha; faltábale valor para examinarlos y lo deseaba con toda su alma.

—¡Santas reliquias de mi primer amor! murmuró con amargura.

Clavó en el consumido ramillete una mira-

da desgarradora y húmeda por el llanto; luego, oprimiéndose con una mano el corazon, tomó con la otra las cartas y se dispuso á leerlas.

—¡Ay! nunca he tenido valor para ver estas prendas; no sé por qué hoy tengo la estraña crueldad de atormentarme á mí misma.

Maquinalmente volvió á dejar las cartas y se levantó, limpiándose con la mano el sudor que corria por su frente.

Alzó los ojos y se halló con el retrato de Augusto, que hacia quince años estaba colocado encima del secreter. En su simpático y bello rostro se reflejaba la bondad de su alma; su mirada era dulce, serena; su sonrisa benévola y espresiva; la espresion de aquella fisonomía parecia querer animar el profundo abatimiento de Angela.

—¡Ay, primo mio!... esclamó esta; ¿por qué no compredí tu corazon? ¿por qué no seguí tus consejos y los de mi buena madre?

—¡Ay! no sufriria hoy los tormentos de la soledad y el tédio que me abruma ¿De qué me han servido la gloria y los laureles que adquirí

sacrificando mi corazon y á costa de mi dicha? De nada, todo ha sido humo, vapor, nieblas del espíritu que se han desvanecido al soplo de la tempestad que ruge en mi alma. Una sonrisa de mi hija, una caricia de mi madre, llena hoy mas mi corazon que esos aplausos efímeros que solo satisfacen la vanidad y el orgullo.

—¡Santo y purísimo afecto de la familia! ¡bendito seas!... ¡benditos sean tus purísimos goces, tus inefables armonías!...

Medio desfallecida al terminar estas palabras habia ido Ángela á caer en el sofá donde habia estado sentada anteriormente. Por instinto huia de los recuerdos de su primer amor.

Su mano tocó un objeto estraño en el sofá, miró lo que era y se encontró una cartera que contenia varios papeles y que Jorge en su turbacion debió dejarse allí olvidada.

—¡Ah! murmuró examinándola; esta cartera debe ser suya, y yo no tengo medio de devolvérsela; ignoro dónde se hospeda, ni sé cómo ha podido introducirse en la alquería á no haber saltado las tapias; él es capaz de todo. En fin,

la guardaré para dársela á la primera ocasion que encuentre.

Demasiado preocupada la jóven en sus tristes reflexiones, ni aun pensó en abrirla para ver su contenido; la guardó en un cajon del secreter acostándose poco despues para descansar algunas horas, lo que no pudo conseguir.

Al siguiente dia abandonó su pacífico retiro para trasladarse al bullicioso y agitado París, donde nuevas penas debian probar la fortaleza de su alma. Desgarradora fué la despedida que tuvo con sus padres y con los niños; empero, armándose de un valor, que solo presta la conciencia del deber, partió por fin, acompañada de un antiguo mayordomo de su padre y de una doncella que la servia desde la niñez.

Como su viage no ha de ofrecernos ninguna particularidad digna de referirse, permitirán nuestros amables lectores que nos anticipemos, llegando á París antes que ella para enterarnos de la vida que hacia Aquiles y de la causa del olvido tan indigno como injustificado en que habia tenido á su pobre esposa.

Habitaba en uno de los barrios más populosos de París y en una elegante casa, cuando arruinado totalmente tuvo que trasladarse á una fonda, abandonando á sus acreedores el magnífico mueblaje que decoraba sus salones.

El mismo dia en que Angela debia llegar á París, estaba Aquiles junto á la chimenea de su aposento, hundido en un sillon, con la mano en la mejilla y manifestando un humor insoportable; cerca de él una jovencita vivaracha y alegre se entretenia con refinada crueldad en arrancar una por una las rizadas lanas de un precioso falderillo, que recibia cada tiron con un largo gruñido, pugnando por escapar de las manos que lo aprisionaban para atormentarle.

—¡Rosina!.... deja ese perro; ya me está haciendo daño tu entretenimiento, dijo Aquiles sin poder dominar su profundo disgusto.

—Lo mismo haria contigo por infame y mal caballero; dijo la jóven levantándose y arrojando con ira al pobre animal en direccion á Aquiles, en cuyo pecho fué á caer exhalando un sordo gemido.

—¡Oh! ¡esto pasa de raya!.... rugió Aquiles, levantándose enfurecido y siguiendo á la jóven, que entró en una habitacion inmediata cerrando la puerta trás sí.

—Abre, Rosina; tenemos que hablar, porque nuestro estado es insoportable; decia el italiano, pretendiendo, aunque en vano, entrar en el cerrado gabinete.

Sucedieron unos instantes de silencio, al cabo de los cuales la puerta se abrió y se presentó Rosina vestida como para salir á la calle con abrigo y sombrero.

—¿Te vas? dijo Aquiles calmándose como por encanto su furibundo enojo.

—Sí, y acaso para siempre; dijo con tono resuelto Rosina.

—Eso no puede ser; ¿quieres que te acompañe?

—No por cierto; desde que has faltado á todos tus compromisos como hombre de honor y como caballero, te aborrezco, y voy á buscar un apoyo más generoso y seguro que el tuyo.

—Por piedad, no pronuncies semejantes pa-

labras; yo no tengo la culpa de verme reducido á la pobreza; hoy no puedo disponer ni aun de la cantidad más pequeña, pero quizá mañana tendré dinero, mucho dinero que ofrecerte. Sabes que cuanto he tenido ha estado á tu disposicion.

—Yo no puedo soportar la pobreza, me da horror..... acostumbrada á disfrutar con mi madre las comodidades de la vida, no puedo tolerar la vista de estos antiquísimos muebles ni habitar en esta fonda donde hay un ruido infernal.

Sabes que provisionalmente nos hemos trasladado aquí; bastante sufro al ver que no puedo sostenerte en el rango que has estado los dos años que vives á mi lado.

—El que no pueda sostener un compromiso que no le adquiera; dijo con sequedad Rosina, arreglándose delante de un espejo los rizos de su rubia cabellera.

—La desgracia me ha perseguido.

—Yo nada tengo que ver con su desgracia, haber asegurado mi porvenir cuando tenia re-

cursos suficientes para ello, segun se lo ofreció á mi pobre madre en su lecho de muerte.

Aquiles bajó la cabeza abrumado por esta reconvencion, y no pudo menos de pensar que, las mujeres que como Rosina aceptan por completo el apoyo de un hombre, son muy descontentadizas y no se conforman con las vicisitudes porque pase su protector; si este las abandona pierde cuantos sacrificios hizo por ellas, y se espone al ridículo y á su profundo desprecio.

Rosina era una niña hermosísima; pero de tan lamentable educacion y tan perversas inclinaciones, que daba lástima.

Nuestros amables lectores recordarán aquella Marieta, aplaudida *prima donna* que cantaba en el teatro de Valencia, cuando Angela empezó á saborear sus primeros triunfos. Se marchó con la esperanza de que Aquiles la seguiria; pero lejos de hacerlo así, se casó con Angela y no volvió á pensar en su olvidada y antigua amante. Esta, despues de ocho ó diez años en que continuó su carrera en lastimoso

deterioro por la pérdida de su voz y de su belleza, vino á quedar reducida á la indigencia por su desarreglada conducta. Tenia una hija, esta hija era Rosina; cuando enferma gravemente se sintió morir, pensó en que la dejaba en triste abandono y se acordó de Aquiles; sabia que estaba en Madrid y le envió á Rosina con una carta concebida en estos términos:

«Voy á morir; una enfermedad incurable hace tiempo que está destrozando mi pecho, y en medio de mi profunda agonía pienso con dolor en mi pobre hija que se queda en el mundo sin amparo humano. Sé que tú eres generoso, y que si olvidaste un dia mi amor fué por aspirar á otro que te ofrecia más halagüeños deleites; por eso en el espacio de tantos años jamás te he reconvenido ni he procurado reconquistar los derechos que un dia tuve sobre tu corazon. Hoy, á las puertas de la muerte te dirijo una súplica, y es, que en nombre de aquel amor que jamás se ha estinguido en mi pecho, ampares á mi pobre hija; su padre murió cuando apenas pudo conocerle, era artista y pobre como yo, por lo

cual ni uno ni otro la dejamos fortuna, pero sí facultades; es hermosa y tiene talento; tú sabrás dedicarla al teatro y hacer que pueda un dia adquirirse una posicion independiente.

»Si consigo antes de morir obtener tu promesa, mis últimos momentos serán menos amargos. En nombre del cielo te ruego que no desampares á esa pobre huérfana que cuenta por único apoyo en el mundo con tu noble proteccion.

»Tu antigua amiga que siempre te profesa igual afecto:

MARIETA.»

Aquiles recibió á la niña, y sintiendo más que lástima por su desgracia, admiracion por su hermosura, la concedió su proteccion, interesándose desde luego en hacer que siguiera la carrera lírica, segun los deseos de su madre, y para lo cual demostraba escelentes facultades.

Poco tiempo hacia que Rosina estaba en Madrid cuando tuvo lugar en casa de Augusto el funesto acontecimiento que promovió la sepa-

racion de los dos esposos. Aquiles despues de haber herido á Jorge en duelo, se marchó á París con la niña, que apenas contaba entonces quince años de edad, pero que tenia cuarenta lo menos de esperiencia y de malicia; el abandono en que su madre la tuvo casi siempre y su funesta educacion adquirida entre los bastidores de infinitos teatros, produjeron perversos frutos en aquella alma inclinada ya desde luego á la coquetería y á una vida de disipacion y de molicie. Cuando llegaron á París, Marieta no habia muerto aun; tuvo tiempo de recibir de los lábios de Aquiles la promesa de que nunca abandonaria á Rosina, amparándola en su infortunada orfandad. Poco despues dormia el eterno sueño, y su hija se retiró al campo con su protector, donde permanecieron el tiempo del luto. Luego volvieron á París, donde la hizo pasar por sobrina suya, presentándola con un lujo asiático en los círculos mas elegantes.

Casi siempre esas naturalezas escepcionales que creen no apasionarse nunca, suelen rendirse al imperio de una voluntad indómita y capri-

chosa, que con el desden y el menosprecio los humilla y avasalla.

Así le sucedió al orgulloso y altivo italiano, teniendo una mujer tan bella como Angela, á quien no amó nunca, fué á prendarse ciegamente de Rosina, que le manejaba como los niños manejan un juguete que tan pronto quieren como aborrecen.

Ella, que á pesar de su poca edad estaba muy diestra en las intrigas amorosas, supo aprovecharse de su dominio sobre él, apoderándose por completo de aquella voluntad vírgen que jamás se habia rendido á los caprichos de una mujer. Aquiles tenia más de cuarenta años, y esta edad en el hombre es peligrosísima si llega á enamorarse de una niña de quince, y por apéndice llena de hermosura y de seductores atractivos.

Nadie estrañará que con tal compañera y con semejantes sentimientos se olvidase de su amiga y de su hija por espacio de dos años. Mas como la dicha no es completa, llegó la pérdida de su fortuna á recordarle que tenia en Angela una

niña, la cual debia seguir esplotando en provecho suyo y en el de su jóven protejida.

Hizo la casualidad que un dia se encontrase á Jorge Willams en las escaleras de la fonda; el encuentro fué tan repentino que ni uno ni otro pudieron esconderse. Jorge iba con una señora que Aquiles reconoció inmediatamente, á pesar de que ella se echó con precipitacion el velo del sombrero sobre el rostro, y siguió sin detenerse hasta entrar en su aposento.

Los dos antiguos adversarios que se separaron la última vez en un duelo á muerte se miraron con impertinencia, luego se aproximaron más, y concluyeron por darse la mano. Ambos tenian algo importante que decirse, y en efecto, una larga conferencia reanudó su antigua amistad. Aquiles se convenció de la inocencia de su esposa, y de la culpabilidad de Emerenciana, y no necesitó más pruebas que verla allí en aquella fonda viviendo con el inglés, mientras que Angela, retirada en su alquería con sus padres y con su hija, hacia una vida ejemplar.

Algun tiempo permaneció Jorge en la fonda

hasta que, arreglados sus negocios, salió con Emerenciana una noche dirigiéndose á España; al siguiente dia llegó Augusto, que llevaba dos años buscándolos inútilmente por todos los rincones de Europa.

Aquiles le vió, y queriendo todavía cerciorarse más de la inocencia de Angela, le habló en seguida, manifestándole que Jorge y Emerenciana habian salido para Madrid el dia anterior.

Augusto tuvo un rato fatal con semejante noticia, y sin detenerse un instante partió en seguimiento de ellos, dejando escrita la carta que Angela recibió juntamente con la de Aquiles.

Nos hemos detenido en dar estos ligeros antecedentes para la mejor inteligencia de nuestros lectores; ahora nos permitirán que volvamos á contemplar el desdeñoso gesto de Rosina, que miraba á su arruinado amante con la mayor indiferencia.

Ni los ruegos ni las súplicas de este fueron bastantes á detenerla, se empeñó en salir sola, y salió, dejándole abismado en la más negra

desesperacion. Lo único que pudo conseguir de ella fué la promesa de que volveria por la noche, despues de haberle jurado él que antes de ocho dias volverian á ocupar el alto rango que disfrutaban cuando eran ricos.

Aquiles sufria, porque era celoso, y este nuevo martirio no le dejaba descansar. Hasta la hora en que debia llegar Angela permaneció hundido en el sillon con la cabeza entre las manos sin dar señales de vida. Dieron las ocho, y entonces se levantó como si hubiera sentido un sacudimiento galvánico; su única esperanza era ella, y debia salir á recibirla, escondiendo sus penas en el fondo de su alma y mostrándose alegre y satisfecho aun cuando llevaba un infierno en el corazon.

Antes de salir exhaló un profundo suspiro, esclamando:

—Pero esa Rosina que no viene..... ¡Dios mio!.... ¿dónde estará?

Con el alma desgarrada por la incertidumbre y el temor se fué á buscar á su mujer, que no se hizo esperar mucho tiempo. La entrevista

de los dos esposos fué ceremoniosa y fria, como no podia menos de serlo estando sus corazones en tan completo desacuerdo.

Aquiles la condujo á una elegante habitacion que la tenia preparada cerca del teatro y no lejos de la fonda que habitaba él con Rosina.

Su impaciencia era tan grande, que apenas hubo conseguido que Angela se acostase, salió con rapidez dirigiéndose á la fonda. Entró en el cuarto, lo inspeccionó todo, preguntó á los criados si habia vuelto la señorita, y como estos le contestaran negativamente, se dejó llevar de un furor infinito, arrancándose la barba y los cabellos, y pateando con horrible cólera. Los celos que le abrasaban habian llegado á su mayor grado de desarrollo.

Eran las dos de la madrugada y Rosina no habia vuelto.

CAPITULO IV.

Augusto llegó á Madrid, cansándose inútilmente en buscar á Jorge y á Emerenciana por todas las fondas y casas de hospedería de la córte. Ni un solo indicio pudo hallar que le indicase la ruta que seguian, y sin embargo siempre iban unos tras otros. Jorge, despues de haber dejado á Emerenciana en su convento, partió para Valencia. Y Augusto, cansado de sus ineficaces pesquisas, se dirigió tambien al mismo punto, suponiendo que á su llegada ya Angela habria salido hácia París con ánimo de reunirse á su esposo.

No se engañó; Angela y Jorge, aunque fue-

ron por distinto camino, llegaron á París al mismo tiempo que el desgraciado Augusto tenia el inefable placer de abrazar á su hijo.

Los buenos ancianos le recibieron con inmensa alegría, calmando algun tanto con este acontecimiento el hondo pesar que les causó la marcha de su hija.

Era un tiernísimo cuadro de familia el que se ofrecia aquella noche en casa de Salcedo. Junto á la chimenea y en su sillon de ruedas estaba sentado el pobre paralítico, conservando entre sus manos un rosario de gruesas cuentas, que siguiendo su antigua costumbre, habia rezado la familia momentos antes. Enfrente doña Margarita se entretenia en hacer calceta, mientras que los dos niños sentados delante de un velador dibujaban un paisaje; Augusto los contemplaba con tierno interés siguiendo todos los movimientos de su hijo que en su inocente sencillez no podia menos de demostrar el profundo cariño que profesaba á Ermelinda.

Una vez que inclinando la niña su hermosa frente sobre el papel, cayeron los negros rizos

de su cabellera en la mano que Angel Augusto tenia levantada, este los cogió llevándolos suavemente á sus labios. Luego se puso muy encarnado al ver que su padre le miraba habiendo sorprendido su accion.

Augusto sonrió, con tristeza y con satisfaccion al propio tiempo; aquel respetuoso y naciente amor le encantaba por la felicidad que habia de proporcionar á los niños, y desgarraba su corazon al recordar que en su juventud preveia igual dicha y no tuvo el placer de saborearla.

La felicidad como la fortuna son hadas misteriosas que dan la vuelta al mundo en una rueda, ambas llegan á nosotros una vez en la vida; si tenemos la suerte de reconocerlas somos dichosos, ¿pero cuántas veces pasan á nuestro lado brindándonos sus delicias y las recibimos con desden, despreciándolas y alejándonos de ellas?

La dicha que se va no vuelve, por eso Augusto habia perdido completamente la esperanza de ser feliz, y llorando su necia ceguedad consagróse á procurar que los niños alcanzasen lo que ellos dejaron escapar.

—Hijo mio, ¿por qué no te acuestas? le dijo doña Margarita; has llegado esta tarde de un viaje tan largo y debes estar cansado.

—Gozo tanto al lado de Vds. que olvido toda fatiga por disfrutar un placer que ambicioné toda mi vida y que he venido á conseguir cuando soy mas desgraciado.

—¿Quién habla de desgracia donde hay ángeles como Ermelinda y su complaciente compañero, que con solo su sonrisa brindan la felicidad? dijo la noble anciana.

—Es verdad, contestó Augusto, comprendiendo que la idea de doña Margarita era no amargar la inocente dicha de los niños hablando de desgracias y contrariedades que no habian conocido.

—¿Y habrás visitado muchos pasíes en tu larga correría? le dijo D. Angel.

—Casi toda la Europa; pero donde mas me detuve fué en Lóndres, allí no me quedó nada por ver y estuve por espacio de muchos dias visitando sus teatros y paseos.

—¿Y adquiriste noticias de sir Jorge? dijo doña Margarita.

—Unicamente supe que pertenece á una de las principales familias de Inglaterra, su fortuna iguala á la de un rey, y en este año ha vendido todas sus posesiones trasladando sus caudales al Banco de España; sin duda piensa establecerse aquí.

—¿Pero no le has visto? preguntó D. Angel.

—He tenido la desgracia de ir tras su huella sin poder alcanzarle. Cuando yo estaba en Lóndres supe que habia marchado á Francia; fuí á París y la casualidad me llevó á la misma fonda en que habia él habitado muchos dias; tambien llegué tarde porque el dia antes salió para España.

—Pues él estaba en Valencia no hace muchos dias, dijo doña Margarita.

—¿Esta V. cierta? esclamó Augusto con impetuosidad brillando en sus negros ojos un relámpago de ira.

—Ya lo creo, como que tuvo el atrevimiento de enviar á tu prima un ramillete de jazmines y una tarjeta saludándola con su horrible cinismo.

—¡Qué inaudito descaro! ¡ah! yo le buscaré; por fortuna Valencia no es grande y esta vez no se escapará.

Augusto se habia levantado y se paseaba por la habitacion á largos pasos; su exaltacion creció y se agolpaba la sangre á su rostro considerando que siempre tenia cerca á su enemigo sin que en el espacio de dos años hubiera podido vengar su afrenta.

¿Qué hora es? dijo por fin deteniéndose delante de una ventana.

—Mas de las once, contestó doña Margarita; lo mejor será que te acuestes á descansar, la almohada es buena consejera.

—¡Oh! la noche está oscura como boca de lobo.

—Papá ¿quieres que te acompañe al pabellon? dijo Angel Augusto; segun tu deseo de habitarle, te han preparado allí la abuelita y Ermelinda un blando y perfumado lecho.

—Sí, hijo mio, acompáñame; y tú ¿dónde duermes? dijo Augusto como si la dulce voz del niño hubiera tenido el poder de calmar su furibundo enojo.

—En el aposento que ocupabas en tu juventud; y por cierto que revolviendo la papelera y la librería he hallado no pocos versos tuyos, que me complazco mucho en leer: ha sido un hallazgo precioso para mí.

—¡Ah picaron!..... y ¿te atreves á descubrir mis secretos?

—Si son niñerías; apenas te acordarás de ellos.

—Verdaderamente; pero llevámelos mañana, dijo Augusto.

—Con una condicion.

—¿Cuál?

—Que no me los quitarás; ¡son tan bonitos algunos!

—Concedido; te los regalo desde luego ¿y son versos de amor?

—Casi todos.

—Por eso te gustan, ¡bribonzuelo!

—Apostaria á que tambien los has leido á Ermelinda, esclamó doña Margarita viendo que la niña se sonreia maliciosamente.

—Pues no faltaba mas; qué ¿habia de tener Angel Augusto secretos para mí? dijo la niña.

—Segun eso ¿entre los dos no hay nada oculto? preguntó Augusto.

—No señor, dijo la niña; tiene la obligacion de confesarme todas las mañanas sus pensamientos.

—Vaya un confesor, dijo doña Margarita riendo; ¿y serás muy indulgente?

—Segun y conforme; á veces le cuesta un poco trabajo obtener la absolucion, repuso Ermelinda.

—¡Qué niños!.... ¡qué niños!.... ¡has visto Augusto! esclamaba D. Angel riéndose con una complacencia estremada.

—¡Oh! pues ahora les ha venido un confesor mas rígido, y es preciso que ante mí confiesen sus pecadillos, dijo Augusto; ¿no es verdad picaruela?

—Yo confesaré con mi mamá cuando venga, y con el confesor en la iglesia.

—¿Y por qué no conmigo?

—Aquí no hay ahora mas penitente que Angel Augusto; confíesele Vd. á él, que bien lo merece, porque se va haciendo muy malo, re-

puso Ermelinda, recogiendo sus dibujos, mientras que el niño tomaba una luz para acompañar á su padre.

—¡Tú sí que eres mala!.... adios, hasta mañana; ya sabré yo todo lo que querias ocultarme, dijo Augusto besando la hermosa y pura frente que la encantadora niña le presentaba.

—Se despidió de los ancianos, y se retiró al pabellon de Angela, piezas que habia elegido para habitarlas, porque tenia suma complacencia en recordar allí los amores de su primera juventud, por mas que destrozasen su corazon, que ni aun la esperanza alimentaba de sentir otra vez aquel santo fuego avivado por la mútua correspondencia.

El deber les imponia un sacrificio que cumplian aniquilando su vida y amargando su efímera felicidad.

Despidió á su hijo despues de prodigarle mil caricias; él era el bálsamo consolador de sus heridas. ¡Pobre niño!.... se retiró con profunda pena, pues habia ido con la intencion de preguntarle por su madre, y como si el instinto le

hiciera adivinar que aquella pregunta seria inoportuna cuando su padre no la nombraba para nada, se calló, ahogando la palabra en sus labios y la queja en su corazon.

Cuando doña Margarita le vió llegar triste y taciturno le preguntó:

—¿Qué tienes, hijo mio? ¿te ha reñido tu padre?

—No, señora; es que quise preguntarle por mi mamá y no me atreví.

—Hiciste bien; no se la nombres nunca; y olvídala tú tambien porque quizá no vuelvas á verla.

—¿Acaso ha muerto?

—No, hijo mio, vive; pero no vive para tí ni para tu padre.

—Yo quisiera al menos saber dónde está, dijo con impaciencia el niño.

—No pretendas jamás indagar secretos que no te confien; esclamó con severidad doña Margarita, atrayendo hácia su seno la cabeza de Angel Augusto y besándole en la frente.

Ermelinda no se apercibió de esta escena,

porque estaba recogiendo sus dibujos en una habitacion inmediata; mas cuando volvió no dejó de advertir con su penetrante mirada que iluminaba el amor la tristeza de su jóven compañero.

Mientras doña Margarita se retiraba con don Angel, se acercó vivamente y le preguntó:

—¿Qué tienes?... ¡tus ojos están húmedos como si hubieras llorado!....

—No es nada; prima mia, ¿me quieres tú?

—Mucho.

—Pues entonces me basta tu cariño para ser feliz, dijo Angel Augusto, viendo disiparse la nube de su melancolía tras la nube de su amor.

—¿Pero me contarás la pena que hoy te aflige?

—Mañana en la confesion; dijo sonriendo el jóven.

—Si me engañas no te absuelvo, dijo Ermelinda amenazándole con adorable coquetería.

Doña Margarita, despues de acostar á su esposo volvió para llevarse á su nieta que dormia junto á ella en el mismo aposento.

Poco despues reinaba en la alquería un silencio profundo.

Veíase luz únicamente en el pabellon y se sentian los ajitados pasos de Augusto, que no hallando descanso en el sueño se paseaba por el aposento, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho.

Las ventanas estaban cerradas y la puerta tambien: empero nosotros no necesitamos puertas ni ventanas, para penetrar en todas partes descubriendo los secretos mas recónditos.

Augusto era, en verdad, muy desgraciado y su triste situacion le hacia mirar las cosas del mundo bajo un prisma nebuloso y sombrío. Lo único que ya ambicionaba era la dicha de su hijo; se prometia conseguirla casándole con Ermelinda; pero ni aun el consuelo le quedaba de vivir con ellos, porque el deber le alejaba de Angela y de aquella familia que adoraba; tenia que ir á terminar sus dias en lejanos climas, donde escuchase sin sentirlos los alegres ecos de la felicidad de sus hijos.

Ya habia fijado sus miradas en un punto de

América; este era su porvenir negro y horrible como la imágen de su dolor.

La dicha es humo; una vez la aspiramos en la vida y se disipa para no volver.

Embargado por estas desconsoladoras reflexiones continuaba sus paseos por el aposento; de repente animado por una nueva idea se detuvo delante del secreter de Angela.

—¡Ah! aquí guardamos el ramillete de jazmines símbolo de nuestro cariño, y todas las prendas de amor, el dia que nos separamos por primera vez para irme á Madrid á terminar mi carrera y á crearme una posicion. ¡Ausencia cruel que labró nuestra desventura!... No quiera Dios que vaya nunca mi hijo á aquel agitado mar donde solo medra la ambicion y la intriga, donde no puede abrigarse dulce paz del alma; esa inefable delicia que ofrece únicamente la soledad. Mi hijo tiene su porvenir asegurado y no necesita aprender mas arte que elde ser feliz.

Augusto calló, y sentándose en una silla delante del secreter, apoyó en el mueble la dolorida sien.

—¡Cuánto diera por contemplar los objetos de nuesto amor que aquí se encierran!.... murmuró tristemente; ¡pero calla!.... esclamó levantándose con viveza, si yo conservo la llave, teníamos una cada uno....

Fué á su equipaje, y despues de algunas investigaciones la encontró. Este fué un hallazgo precioso, porque con una alegría que hacia tiempo no esperimentaba, se dirigió al secreter y abrió uno por uno todos los cajones. En el del centro estaban las prendas de su amor; sus cartas sus retratos, sus anillos y el consumido ramillete colocado en una caja de cristal que permitia verle, pero no tocarle.

—¡Santos recuerdos de mi amor perdido!..... esclamó Augusto delirante, cayendo de rodillas ante aquellas benditas reliquias que le recordaban los únicos momentos de pura felicidad que habia esperimentado en su azarosa carrera.

Su pensamiento, retrocediendo diez y seis años, fué á fijarse en aquella época de su vida, y como si se hubiera reflejado en un espejo, su imaginacion le presentaba á su prima vestida de

blanco, sentada debajo del jazminero y jurándole eterno amor.

Fascinado, medio loco, permaneció mucho tiempo en un éxtasis singular, siempre á la vista de aquellos objetos queridos. Pálido y oprimido el corazon por un dolor quimérico, se levantó por fin cuando las primeras tintas de la alborada empezaron á colorar el horizonte.

Tuvo necesidad de cerrar los ojos, como haciendo un sacrificio inmenso, para cerrar el cajon donde se conservaban las adoradas prendas de su alma. Empero, como maquinalmente habia abierto todos los cajones del secreter creyendo encontrar en ellos recuerdos queridos, al cerrar el del centro quedaron abiertos los laterales; estaban vacios; solo en el de la izquierda vió una rica y solitaria cartera que debia pertenecer á un gran personaje por el escudo y las armas que se ostentaban en ellas.

Augusto la tomó.

Será de Aquiles, dijo.

Luego, mirándola bien, reparó que debajo

de las armas habia un nombre escrito en letras de oro

—Jorge Willams, leyó con cavernosa voz y trémulo por la repentina conmocion que alteró su pecho al encontrar en semejante sitio un objeto que pertenecia á su mas encarnizado enemigo.

Sin fuerzas para sostenerse, retrocedió hasta un sofá donde cayó con la cartera en la mano, contemplándola con mirada iracunda, chispeante por la indignacion y por la fiebre.

Con un movimiento convulsivo rompió el magnífico broche que la cerraba, y registrándola con ansiedad halló en ella valores en gran cantidad, targetas, cartas particulares, algunas flores marchitas y una especie de pequeño manuscrito en forma de carta, que reconoció Augusto inmediatamente por ser letra de su mujer.

—¡De Emerenciana!.... esclamó con amargura; sin duda aquí se confian todos sus pensamientos. ¡Ah! veamos, una nueva y funestísima copa que es preciso apurar hasta las heces.

Acercó el papel á una bujía; pero su altera-

cion no le permitió descifrar ni una palabra.

—Yo no veo, ó se borra lo escrito ante mi vista, esclamó levantándose para dirigirse á las ventanas por cuyas junturas reflejaba ya la primera luz de la mañana.

Abrió de par en par; una frisa fria y húmeda refrescó su enardecida frente; bien lo necesitaba, porque ya la fiebre empezaba á volverle loco.

Sin embargo, ni pudo leer ni sostenerse en pié; mil encontrados pensamientos torturaban su imaginacion; mil desconsoladoras reflexiones embargaban su alma.

Se acostó en el lecho; queria dormir para no volverse loco; queria descansar para cobrar fuerzas y poder apurar el amargo cáliz de su negro destino.

CAPITULO V.

Ya el sol, siempre brillante y espléndido en el hermoso cielo de Valencia, habia estendido sus fecundos rayos en toda la campiña haciendo florecer con su benéfico calor los naranjales y limoneros, cuando Augusto sacudió el profundo sopor que le habia tenido embargado por algunas horas. No puede llamarse sueño á la especie de aletargamiento que le proporcionó un breve y momentáneo reposo impidiéndole pensar y sentir sus acerbas penas. Empero aquel sueño ó sopor, llámesele como se quiera, fué bien ligero, pasó y con él volvieron los tormentos á torturar su mente.

Se levantó decidido á leer aquel manuscrito

fatal, y poco dispuesto á que le interrumpieran, salió del pabellon, y dirigiéndose á la huerta, hizo que el jardinero le abriese la puertecilla que iba al campo y se marchó por la orilla del mar, buscando un sitio aislado y solitario donde entregarse á la lectura de aquellas páginas y á sus tristes reflexiones.

Mas allá del Cabo de Francia encontró lo que apetecia, y sentándose en una escarpada roca donde rugiendo iban á estrellarse las impetuosas olas del mar, empezó la lectura en estos términos:

«Jorge: al decidir separarme por siempre de tí, te debo una esplicacion de mi vida y de mis sentimientos. No has acertado á comprenderme, no has podido amarme tampoco, porque tu alma está llena de otro amor; pero yo que te amo como tú amas á otra mujer, sin esperanza, que es como si dijéramos sin luz, porque un alma sin amor es como una persona sin vista que vive siempre en la oscuridad, yo que te amo, repito, con el delirio de un primer amor, no puedo soportar la idea de tu desden, de tu desprecio,

pues necesariamente ha de juzgarme mal quien no ha sabido comprenderme.

»Me eduqué bajo la tutela de una madre que no se ocupaba de mí sino para violentar mis inclinaciones y mis gustos. Pertenecia en cuerpo y alma á la política, teniéndola contínuamente embargada las intrigas cortesanas, que esterilizaban su alma y sus sentimientos de madre, privándome á mí por este motivo de sus caricias y de su dulce ternura.

»Así como un corazon sin amor es un erial estéril é infecundo, de la misma manera una niña sin madre es una solitaria y árida planta que brota y crece sin florecer jamás, sin afectos, sin emociones y desconociendo completamente el sentimiento purísimo de lo bello y de lo elevado.

»Estéril pues é infecunda se desarrolló mi alma, entregada á una mujer mercenaria, á una aya severa y rígida que solo me hizo aprender la vanidad, el orgullo y los títulos y consideraciones de que gozaba mi madre, para que me envaneciese con ellos y me hiciese respetar con

insolente petulancia de mis inferiores y domésticos.

»Llegó la adolescencia y con ella la necesidad de amar que siente todo corazon impetuoso y jóven; yo amé, pero amé en sueños, amé un ideal, que solo he visto realizado en tí; porque mi alma al amarte con tan entrañable idolatría ha reconocido la ilusion de su primera juventud.

»Impúsome mi madre un marido que convenia á sus intereses y á sus miras políticas, yo le admití porque aquel hombre era bello y amable; con su mano me ofrecia la libertad, y yo que como un pájaro en jaula de oro vivia presa en las tristes rejas de mi aposento, necesitaba nuevo aire que respirar, nuevo espacio en que estender mis alas.

»Me casé, y mi marido siguió aprisionándome como mi madre; entonces eran dos carceleros en vez de uno, por lo que lejos de conquistarse mi corazon solo se conquistó mi antipatía, mi desden, y mas tarde mi ódio.

»Murió mi madre; entonces , rompiendo la

armonía de mi matrimonio, adquirí á tan alto precio mi libertad y pude por fin entregarme á los goces de la vida cortesana que no conoica, y que como todo lo desconocido me pareció que encerraba un mundo de deleites y de plácidas dichas. ¡Ilusiones!.... ¡Vanas quimeras!... Las pompas de la vida son humo que arrebata el viento del desengaño.

»No hay mas dicha verdadera que la que emana del corazon. ¡Cuán tarde he concebido esta desconsoladora verdad!.... No apreciamos el valor de un tesoro hasta despues que lo hemos perdido: por mi desgracia, encerrada ya entre las paredes de un claustro no espero de este mundo felicidad ninguna; si la esperase, si mi conciencia estuviera limpia de toda mancha, la buscaria en la soledad y en los purísimos y santos afectos de la familia, únicos que dan calma al corazon y tranquilidad al espíritu.

»Pasaron mis mejores años corriendo trás la quimera de la vanidad; por esta necia ilusion perdí mis hijos que nunca lloraré bastante; con-

cluí de perder el cariño de mi marido, y desalentada, loca, ciega por el delirio de mi estraviada razon, busqué en el amor consuelos á todos mis males. Te ví, Jorge, te amé, y á ser tu corazon libre hubiera sido completamente dichosa, pero estaba reservado un castigo horrible á mis culpas; tú amabas á otra mujer, y ciego por su desden no pudiste ó no supiste apreciar cuanto valia mi amor.

»No te creí en los primeros dias de nuestras relaciones *enamorado* de aquella mujer, sino *empeñado* en una lucha de orgullo; por eso alimenté la esperanza y te seguí á Suiza; tú, noble y generoso por naturaleza, me amaste por agradecimiento y por compasion; este amor me tuvo engañada cerca de dos años, y te confieso, mi querido amigo, que durante este tiempo disfruté los únicos dias felices de mi árida y desolada existencia. Llegué á olvidarme del mundo, de mis desgracias, de la pérdida de mi nombre, de mi posicion, de mi fortuna y de mi familia; no me acordé de las borrascas de la vida, y allí, en nuestra solitaria casita de la pintoresca Suiza

tuve momentos tan dichosos que solo ambicioné prolongarlos, viviendo indefinidamente en la mágica soledad de aquellos lagos y de aquellos misteriosos y escondidos valles.

»¡Ah! permite que me embriague en su dulcísimo recuerdo. ¡Es tan hermoso contemplar la dicha aunque sea ya solo un delirio de nuestra fantasía!

»Al amanecer ya estábamos recorriendo los campos y buscando nuestro frugal y riquísimo desayuno de las mismas vacas que pastaban en las inmediaciones de nuestra casa. Luego nos internábamos en los bosques siguiendo tras la huella de alguna pintada avecilla ó de versátiles mariposas, hasta que el cansancio nos rendia y el ardiente sol nos obligaba á buscar la sombra del plantío que circundaba nuestra agreste morada.

»¡Con cuán poco estaban satisfechas nuestras necesidades!.... Aves, pesca, y caza que tú mismo llevabas, leche, queso, nata y frutas que yo recogia, eran nuestro alimento diario, sin que recordásemos la pompa de la numerosa servi-

dumbre, ni el decorado magnífico de nuestros palacios. Bastábannos los rústicos servicios de una alegre y fresca aldeana, y sobraban para nuestra comodidad los sencillos y toscos muebles que alhajaban las tres piezas que contenia la bella y alegre casita que nos dió asilo durante tantos meses.

»Algunas veces volvias de caza agitadísimo, yo te esperaba en la orilla del mar, sentada en aquella roca cuya elevacion permitia descubrir inmensos terrenos; al verte, oscilaba sobre mi cabeza mi blanco pañuelo, veias el saludo y corriendo á depositar la caza á mis piés, te dejabas rendir por un sueño benéfico y tranquilo. ¡Qué felicidad esperimentaba mi alma al contemplar tus hermosas facciones y al sentir bajo la presion de mi mano los latidos de tu corazon!.... ¡Ah!... de tu corazon, que yo creia mio, completamente mio, y que solo me pertenecia una pequeña parte, ó más bien solo vibraba por mí una cuerda, la del agradecimiento.

»Me amabas por gratitud, y este sentimiento se estingue con el tiempo, que todo lo borra.

»Pasaron dias y meses, para mí ligeros, para tí pesados, porque el hastío llegó á inundar tu alma; ya te cansaban las correrías matutinas, te parecia estrecha y pobre nuestra morada, y recordabas suspirando tus criados y tu fausto. Fué preciso procurarte un caballo para distraer el tédio que te consumia; internándote por el país, bien pronto hallaste diversiones en la ciudad vecina, porque me abandonabas los dias enteros, las noches y á veces las semanas.

»Empero tambien fué pasagera esta distraccion, porque todo llegó á cansarte, hasta mi amor y mis caricias. ¡Ay! ¡pobre de mí!... Ocultaba mi dolor en lo profundo del alma, sin exhalar una queja; veia escapárseme tu amor en mil y mil pequeñeces que así me lo demostraban, y devorando mi amargura, derramaba lágrimas en la soledad, y á tí solo te prodigaba sonrisas.

»Uno de los eternos dias que pasabas inmóvil, enervado por el fastidio y acostado en el banco de césped que teníamos junto á la puerta, te sentí decir á la aldeana que nos servia:

—»Canta, muchacha, canta; que oiga yo alguna voz por inarmónica que sea....

»La muchacha entonó con suma gracia las canciones del país y la escuchaste complacido, haciéndoselas repetir varias veces.

¡Cuánto hubiera yo dado en aquel momento por saber cantar!.... Tuve celos de la rústica aldeana que tenia el poder de disipar unos instantes tu fastidio!....

»Más tarde llegó por allí un saboyano tocando el arpa; le hiciste quedar algun tiempo en el país para que fuese á cantar y á tocar debajo de tus ventanas, cuando ya enfermo y abatido apenas dejabas el lecho algunas horas al dia.

»La fiebre te postró, creí perderte, y mi dolor fué inmenso. En tus delirios descubrí el secreto de tu corazon, descubrí la idea fija de tu mente; el amor á otra mujer.

»¡Triste de mí, que devorada por los celos tuve que recurrir á la mágia de su nombre para calmar tus arrebatos, para mitigar tu fiebre!.... ¡Angela!... Este nombre, que aún hoy mismo quema mis lábios al pronunciarle, fué el talis-

man de tu vida; con su influjo te salvé; volviste á la razon, y al reconocerme volvió el secreto á esconderse en tu pecho, martirizando tu existencia. Entonces pasabas los dias de caza; pero como nunca traias ninguna pieza, siendo tan buen tirador, tuve la humorada de seguirte y ví que pasabas los dias cerca del mar, acostado en la yerba lanzando al viento dolorosos suspiros. Tu tristeza y tu decaimiento crecian; ví que tu vida peligraba, y conociendo tu secreto, no tuve valor para permitir que me sacrificaras tu preciosa existencia. Te aconsejé que marcháramos á Inglaterra, tu país natal; fuimos á Lóndres, pero tampoco allí hallaste la alegría y la salud.

»Suspirabas por el cielo de España y yo tambien; sin embargo, aun quise probar si los aires de Francia te hacian recobrar la salud, y nos trasladamos á París. ¡Vana porfía! en todas partes el aburrimiento y el tédio abrumaba tu corazon; ¿y cómo no? si la causa de tu fastidio era yo misma y yo te seguia por doquiera.... ¡Qué doloroso es confesar esta verdad amarguí-

sima!.... ¡ay! cuando la escuché de tus lábios sentí destrozarse mi corazon!.... perdona que hoy te lo confiese, creí morir.... mas no te culpo, has sido tan generoso, tan magnánimo, tan grande, que jamás, una palabra de desden salió de tus labios para mí. Fué preciso que arrancase al sueño y al delirio tu secreto para conocerle y para buscar el remedio de tu mal.

»Una noche en París, exaltado por el encuentro que habias tenido con Aquiles, te acostaste algo enfermo. Yo, cuidadosa por tu salud, no podia dormir, y desde mi cuarto sentia la agitacion de tu sueño y la pesadilla que te atormentaba. Me levanté, y fué con ánimo de darte un calmante que tranquilizase aquella efervescencia de tu espíritu. Te sentí hablar y me detuve; soñabas sin duda que tu amor era correspondido por *ella* y tenia celos de mí, porque decias con entrecortada voz:

—»Yo te juro, que he correspondido á su cariño por lástima y por gratitud solamente; hoy me sacrifico, no puedo soportar sus caricias y su presencia que me está matando; no la amo,

no la amé jamás, no puedo amarla nunca, porque mi corazon está lleno de tu amor, y yo no puedo amar nada que no sea noble, grande y magnánimo.

—»Ella no tiene idea de la virtud ni de la honra, y la virtud y la honra han sido siempre la norma de tu conducta; por eso te adoro, Angela mia, y tienes en mi pecho un altar consagrado á tu culto.

»Un agudo grito que salió de mis lábios te despertó; yo estaba en tierra sin sentido y debí permanecer muchas horas en este estado, pues cuando volví en mi acuerdó te hallé á la cabecera de mi cama prodigándome tus cuidados con la mayor ternura. ¡Oh! ¡qué corazon tan bueno el tuyo, cuando estabas dispuesto á pagar con tu vida una deuda de gratitud!.... Me propusiste que volviéramos á nuestra casita de Suiza si allí habia de ser mas feliz; entonces te supliqué me trajeras al convento de las Huelgas en Burgos, al lado de mi tia, por ser este el único asilo donde á fuerza de penitencia y arrepentimiento se consigue la paz del alma.

»Mucho trabajo me costó que accedieras á mi deseo; pero al fin aquí estoy dispuesta á pasar el resto de mis dias en esta santa casa, probándote que si no conocí la virtud y la honra mientras la vanidad ofuscó mi razon, hoy tu amor me la hace conocer y amar, deplorando que una madre piadosa y buena no sembrase en mi inocente pecho sus sagrados gérmenes. En sueños me diste una gran leccion; ella salvará mi alma, aunque ha desgarrado mi corazon.

»Te amo, Jorge, como tu amas á ELLA, con un amor único, inmenso, indestructible; y este amor será mi castigo, porque jamás podré borrarle de mi alma, como tú no podrás borrar el que te devora.

»Ambos amamos sin esperanza; pongámosla en Dios, y Él nos conceda en otra vida la paz que no nos fué dado disfrutar en esta. Esta carta será la última que te escriba; cierro todas mis comunicaciones con el mundo para consagrarme por completo á Dios; no quiero saber nada de tí, es una penitencia que á mí misma me impongo, en justa expiacion de no haber tenido

la virtud suficiente para ahogar mi pasion en su nacimiento. Yo no era libre, mi corazon pertenecia á un esposo y debí serle fiel; debo, pues, sufrir el castigo que merece mi delito.

»Una súplica me queda que hacerte. Si un dia te encontrases con Augusto, pídele para mí su perdon y la bendicion de mi hijo, de ese ángel de mis entrañas, cuya pérdida es para mí el mayor tormento y el mayor castigo que la justa cólera de un esposo pudiera imponer á la desgraciada

EMERENCIANA.»

CAPITULO VI.

Volvamos á París, lector amigo, y dejemos al pobre Augusto entregado á la multitud de reflexiones en que debió sumergirle la lectura de aquella carta, que era una revelacion completa de la vida y los sentimientos de su mujer.

Es fuerza que viajes conmigo si quieres enterarte de los sucesos que tienen lugar en la populosa y agitada capital de Francia; pero no tienes necesidad de molestarte; desde tu gabinete vas á ver los objetos y las circunstancias que á través de mi telescopio voy á irte presentando sucesivamente.

Tres dias llevaba Angela en París y hacia su *debut*, habiendo elegido para aquella noche *La*

Traviata, ópera cuya melancólica dulzura estaba muy en armonía con el estado de su corazon.

El público de París, que ya conocia á nuestra jóven artista, la recibió como á una antigua amiga á quien se ama y á quien se desea ver despues de largo tiempo de ausencia.

La alegría y los aplausos en el teatro eran inmensos; la tristeza y la soledad en el cuarto de Angela eran desconsoladoras. Dió órden de no recibir absolutamente á nadie, y á pesar de las muchas personas que lo solicitaron, ni una sola pudo conseguirlo. Al terminar la ópera recibió muchas coronas, muchas flores, muchas tarjetas y cartas de sus apasionados; entre ellas vió la tarjeta de Jorge Willans con orla negra.

—¿Quién se le habrá muerto?... dijo Angela; él no tenia familia ninguna.

¡No pensó que habia muerto en su alma la esperanza de su amor y tenia lleno de luto el corazon!...

No detuvo la jóven ni un instante mas su

pensamiento en aquel incidente; buscaba á su marido, cuya ausencia durante toda la noche la tenia inquieta, no porque le amase, sino porque su amor propio se resentia al verse abandonada de un modo tan indigno. Tuvo que esperar largo rato á que se disipase la nube de curiosos que se agolpaban á las escaleras para verla pasar; y como insistiesen algunos en permanecer allí, tuvo que determinarse á salir sola, devorando su angustia y la vergüenza que sentia.

Mas ¡oh, fortuna! en la galería próxima á su cuarto estaba esperándola un anciano y respetable caballero, con la barba y la cabellera blanca; se inclinó y la dijo en buen francés con un eco de voz dulce y simpático:

—Tengo órden del Sr. Florentini para acompañar á V. hasta su casa, porque un negocio urgente le impide por sí mismo cumplir tan grato deber.

Angela aceptó el brazo que le ofrecia el anciano; y completamente tranquila cruzó por entre las dos filas de curiosos y admiradores que la saludaron con frenético entusiasmo.

El anciano que era de elevada estatura, aunque aparecia encorvado por la edad, llevaba unos anteojos bastante grandes, que con la espesa y blanca barba desfiguraban por completo su fisonomía. Su actitud severa y su continente imponian respeto y veneracion.

Subieron al carruaje y llegaron en breve á la casa de Angela, que estaba muy inmediata al teatro; ella muy preocupada y él guardando un profundo silencio, que apenas fué interrumpido por algunas palabras de atencion y cortesanía que se cruzaron entre ambos.

El anciano la dió el brazo para subir la escalera, y dejándola en la puerta de su habitacion, se retiró saludándola con el mayor respeto. Angela le miró desde luego con simpatía, creyendo reconocer aquella voz, sin recordar dónde la habia oido. Aquiles no volvió en toda la noche, por lo cual Angela no pudo verle hasta el siguiente dia á la hora del almuerzo.

—Dime, le preguntó inmediatamente, ¿quién era aquel caballero anciano que en nombre tuyo me acompañó anoche?

—¿Qué caballero? Ignoro de lo que me hablas.

—De un anciano muy respetable que al salir de mi cuarto me ofreció el brazo y me acompañó hasta aquí, diciéndome que tú le mandabas, atencion que agradecí infinito, pues me era doloroso salir sola entre una multitud de gentes que obstruian la escalera y las puertas del teatro.

—Yo no mandé á nadie; se me pasó la hora, y cuando fuí á buscarte ya estaba el teatro cerrado.

Angela se quedó pensativa y el almuerzo continuó bastante friamente.

Veamos la causa que impidió á Aquiles llegar á tiempo al teatro.

Durante el primer acto estuvo en un palco entreteniéndose, mas bien que escuchando la ópera, en recorrer con los gemelos todas las localidades. De repente se detuvo, viendo muy próximo á él, un palco ocupado por tres señoras jóvenes; una de ellas procuraba ocultarse el rostro con el abanico, pero reconociéndola Aquiles, salió inmediatamente y se dirigió allá, con

ánimo de estar á la puerta hasta que saliera; mas ella que conoció su intencion, abandonó á sus compañeras, y salió á su encuentro.

Era Rosina.

—¡Ingrata!.... esclamó Aquiles estrechando la pequeña mano que ella le alargó sonriendo.

—¡Bah!.... si siempre soy la misma.

—¿Me amas?

—Con todo mi corazon.

—He pasado tres dias horribles, sin saber de de tí, dijo Aquiles desvaneciéndose como por encanto la nube de su enojo entre la seductora coquetería de Rosina.

—Ya te daré cuenta de mi conducta, y quedarás satisfecho.

—¿De veras?

—Mucho que sí; he pasado los tres dias en casa de estas amigas que me acompañan: ellas te lo dirán.

—Me basta tu palabra.

—Creí que me olvidarias, dijo Rosina con un gracioso mohin; como ahora tienes á tu esposa.....

—¡Ingrata!.... ¿no conoces que por tí la hice venir?.... ella es nuestra única salvacion. Ahora tengo dinero.....

—¡Ah! ¿y tendré una magnífica casa?

—Suntuosísima.

—¿Y carruajes?

—Y lujosos trenes, y diamantes y todo lo que quieras; esclamó Aquiles con trasporte.

—¡Cuánto te amo!.... Mira, ven á buscarme á la conclusion de la ópera; pero no tardes ni un minuto; antes de que caiga el telon has de estar aquí; ¿lo oyes?

—Sí, vida mia; no faltaré.

—Adios, dijo ella despidiéndole con una sonrisa deliciosa que acabó de enloquecer aquel viejo cerebro que se quemaba en el ardiente fulgor de los quince años.

Esta escena que tuvo lugar fuera del palco, no pasó desapercibida para un anciano de venerable barba blanca que se paseaba por la galería.

Cuando concluyó la ópera, Aquiles estuvo para conducir á Rosina al carruaje, el an

ciano fué tras ellos, hizo seña á un criado que se acercara, y hablándole en inglés le dió órden para que los siguiera, mientras que él, volviendo á entrar en el teatro, se fué á buscar las habitaciones de los artistas, con ánimo de acompañar á la prima donna, como en efecto lo hizo.

Angela sufria viendo la frialdad de su marido; ni una palabra quiso hablar de lo pasado, y aunque ceremonioso y galante con ella, muchas veces faltaba á los compromisos mas sérios. Era muy rara la noche que pasaba en casa, y de dia siempre pretestaba ocupaciones y negocios que le tenian alejado constantemente.

Por otra parte, la vida de Angela, solitaria y triste, se avenia perfectamente con aquel sistema; rara vez abandonaba su gabinete donde se embriagaba con la lectura de las diarias y largas epístolas que recibia de su casa, ocupándose gran parte del dia en contestarlas. Esta era su mayor distraccion; por la noche al teatro, donde los entusiastas homenajes del pú-

blico no llenaba tanto su corazon como las sencillas frases de su hija que la confesaba su amor á Angel Augusto, y la proteccion que recibian del padre de este, y de los ancianos que solo ansiaban el feliz momento de poder unirlos en eternos lazos.

Así pasaban los dias para la pobre desterrada; no quiso recibir á nadie, y con la docilidad de una mártir cumplia su obligacion, cantando para enriquecer á su marido que intactas entregaba á Rosina, para que las despilfarrase, las enormes sumas que ella ganaba á costa de su salud y de su vida.

Un dia recibió carta de su madre, donde la noticiaban con la mayor indignacion, que Aquiles habia dado órden á su mayordomo para que vendiese todos los bienes que poseia en Valencia, lo que se habia efectuado al pié de la letra, remitiéndole segun su deseo las cantidades que habian producido.

Angela recibió esta noticia como un golpe mortal.

—¡Ah! ¡pobre hija mia!.... esclamó desespe-

rada; no le quedan mas recursos que los cortos bienes de mi padre.

En seguida hizo llamar á Aquiles, que se presentó con semblante turbado y ceñudo.

—¿Qué significa esto? le dijo llorando.

—He dispuesto de mis posesiones porque eran mias, y conviene á mis miras establecerme en otro país; la contestó.

—¡Tuyas!... ¿y los gananciales? tus posesiones se han multiplicado estraordinariamente con mis sueldos.

—Bien; yo puedo disponer de todo para trasladarme con mi familia á otro país.

—¿Y abandonar á mis ancianos padres?

—Claro está; si ellos no quieren venirse con nosotros.

—Eso jamás; no lo consentiré yo.

—Me llevaré á nuestra hija; si tú no quieres seguirnos te quedarás con ellos.

—¡Ah! ¡nunca!.... ¡nunca!.... no serás capaz de tal infamia.

—Seré capaz de todo; porque me cansa el dominio de aquellos viejos exigentes.

—Mira lo que dices, y respétalos, porque son mis padres, dijo Angela indignada.

—Haré que venga Ermelinda inmediamente, repuso Aquiles, sentándose á escribir.

—Por piedad, no hagas infeliz á nuestra hija, déjala en su tranquila paz, arrancarla de allí seria matarla.

—¿Y por qué? á las niñas de su edad les gusta viajar.

—No á ella, que ha sentido el amor con toda su fuerza.

—¡Hola!.... ¿y quién es el galan?

—El hijo de Augusto; mira, en esta carta me dicen que alcance tu consentimiento para que se casen en cuanto cumplan diez y siete años, que no tardarán.

—¡Qué locura!.... ¡diles que no sueñen!.... Ermelinda está reservada para mas alto destino, y antes de tres dias debe reunirse con nosotros para marchar á Italia.

—¡Nunca!.... ¡no lo consentiré!....

—¿Y quién eres tú para oponerte á mi voluntad.

—Una madre ultrajada en lo mas caro de sus afecciones; no cierres esa carta, no, ¡imposible!.... esa carta lleva la muerte para mi hija y para mis padres..... no, yo no puedo consentir que los asesines impunemente.

Angela medio loca, quiso quitarle la carta, pero él la rechazó bruscamente, y fué á caer en la alfombra, hiriéndose la cabeza con un mueble.

Aquiles agitó un timbre; al presentarse la doncella que Angela habia tomado en París, que era una jovencita inglesa llamada Fany, la dijo:

—Esa carta al correo.

—No, Fany, no; la dijo Angela en inglés, ¡lleva la muerte para mi hija y para mis padres!....

—Obedezca Vd. mis órdenes, la dijo Aquiles en tono imperativo.

La jovencita, inclinándose, desapareció.

Angela dió un agudo grito y cayó al suelo desmayada, cubierto el rostro con la sangre que brotaba de su herida.

Aquiles acudió á socorrerla; y Fany, entrando en uno de los aposentos del piso bajo, entregó la carta al caballero de la barba blanca, diciéndole en inglés y rápidamente la escena que habia tenido lugar en el aposento de Angela.

—¡Ah! corre, Fany; corre á socorrer á esa infeliz señora, mientras que voy á buscar un médico.

Aquel anciano que parecia encorbado por la edad, se irguió con arrogancia así que desapareció la jóven, y brillando en sus ojos la mas santa indignacion, esclamó con ira reconcentrada:

—¡Miserable!.... ¡miserable!.... ¡yo lo mataré para que no sufra la infeliz!.... Pero, ¡ah! si él muere queda el otro á quien ama..... y yo, pobre de mí..... moriré de dolor.....

Durante un instante se dejó abatir por un dolor profundo, luego hizo un esfuerzo supremo, se levantó, y enjugando una lágrima que brilló en sus ojos, pidió el coche y se alejó con rapidez á buscar un médico inglés, que á poco

estaba á la cabecera del lecho que ocupaba Angelina.

Aquiles sin esperar á que volviera de su desmayo la dejó encomendada á los cuidados de Fany, y salió muy satisfecho de la energía que desplegó para atormentar á su triste y resignada víctima.

Eran ya las once de la noche, cuando Angela volvió de su desmayo, para entrar en un fuerte delirio que puso en peligro su vida.

El doctor, Fany y el anciano de la barba blanca pasaron la noche á su lado.

Aquiles no volvió hasta el siguiente dia.

CAPITULO VII.

Cuando un sentimiento inmenso, grande, llega á su mayor grado de desarrollo se apodera del corazon y de los sentidos dominando por completo al individuo, que ya no es dueño de sí, y que obra y piensa impulsado siempre por la idea que le subyuga.

Tal acontecia á Jorge Willans, á quien habrán reconocido nuestros amables lectores en el anciano de la barba blanca.

Completamente llena su alma con la pasion que sentía por Angela, la consagró todos sus pensamientos, su vida entera.

Todo hombre verdaderamente grande, se

crece en las dificultades y se complace en luchar con ellas; Jorge, cuyo carácter superior y alma elevada le alzaban sobre los demás hombres, redobló su delirio por Angela, cuando comprendió la imposibilidad de alcanzar su amor, y cuando se convenció de que esto era un doble mérito en ella aun cuando causara su desdicha.

Dejó de perseguirla, dejó de atormentarla con su vista y con sus súplicas; pero la consagró su existencia, y viéndola desgraciada, triste y sola, la prestó su generoso apoyo, sin tener ni aun esperanza de la recompensa, porque se disfrazó para protejerla, ocultándola con el mayor cuidado sus atenciones. A beneficio de su disfraz pasó la noche junto al lecho de la pobre enferma acompañado del doctor y de Fany, hechuras suyas ambos y completamente á sus órdenes. Angela, embargada por un fuerte delirio, de nada se apercibió; al siguiente dia se declaró una enfermedad de sumo peligro: cuando volvió Aquiles la encontró muy grave.

Jorge, avisado á tiempo por sus espías, se retiró sin que le viera; pero supo con indignacion

que su único pesar al verla enferma, fué porque no podia seguir cantando, y tenia ya recibido del empresario algunas cantidades bastante fuertes á cuenta de las funciones que debia dar.

Por la noche, aunque la gravedad continuaba, volvió á marcharse; tenia necesidad de acompañar á Rosina, aquella niña caprichosa y coquetuela que le dominaba por completo.

Seguian viviendo en la misma fonda; pero en unas habitaciones espléndidas y suntuosamente decoradas. Como el ardiente anhelo de Rosina era recorrer la Italia, no quiso tomar casa, y empezó á disponer su viaje, no esperando que Aquiles tuviese valor para contrariarla.

—¿Vienes de mal humor? le dijo la jóven apenas le vió entrar en su cuarto, triste y cabizbajo.

—¡Angela está muy enferma! contestó:

—¿Y eso te apesadumbra? vida mia, le dijo ella.

—Es una contrariedad; yo esperaba que concluyese de cantar aquí, para contratarla en Milán, y esto detiene nuestro viaje.

—¿Y por qué? yo no quiero detenerme ni un dia; conforme ha venido á París te irá á buscar á Milán, si la llamas.

—¿Y he de abandonarla?

—Muy sencillo y muy natural que lo hagas.

—¿Cómo?....

—¿No tienes ya todo tu capital en Italia, pensando fijar allí tu residencia?

—Sí, lo hice por consejo tuyo.

—Pues bien, necesitas atender á tus negocios: es lo primero.

—¡Imposible!!... Mientras no esté mejor no saldremos de París, dijo Aquiles.

—Tú puedes quedarte; yo, ¡partiré!

—¿Tú?.... ¿y con quién?

Rosina empezó con mucha coquetería á colocarse el cabello, y dijo con indiferente tono:

—Con el príncipe de Fioreti, que hace poco estuvo aquí á despedirse y se marcha pasado mañana; y en verdad que es muy amable y muy buen mozo.

Este era el mejor recurso que Rosina podia emplear para persuadir á Aquiles; demasiado

sabia que la fibra de los celos, es la que vibra mas pronto en el corazon de los viejos y en el de los hombres que aman á mujeres superiores á ellos por su juventud, sus encantos ó sus cualidades.

—¡Partiremos! dijo con sombrío acento, paseándose por el aposento.

—Conste que yo no te obligo; lo primero es atender á tu esposa.

—Mal sienta esa ironía, á quien está persuadida de ser la única mujer que impera en mi corazon. Por tí haré todos los sacrificios; me has trastornado la razon, y ya no soy dueño de mí; dispon, manda, ordena; mas tén entendido que dejando á mi mujer perdemos su poderoso auxilio, porque gana inmensas sumas, y es tan desinteresada, que ni aun se cuida de pedir la mas insignificante cantidad para sus gastos precisos.

—Y si ya no necesitamos especular con su talento, déjala; ¿no tienes el producto de tus bienes? Con eso nos basta.

—Sea, pues, si así lo quieres, dijo aquel

hombre tan débil y tan miserable, sometiéndose en un todo al capricho de Rosina, cuyo único anhelo era correr tras el príncipe de Fioreti, á quien amaba con delirio.

Angela continuaba muy enferma, si bien no de suma gravedad. Aquiles, antes de partir, preguntó al médico por su estado, y éste contestó:

—Esta señora necesita por algun tiempo un absoluto reposo; se ha conseguido dominar la enfermedad, y es preciso evitar una recaida.

—¿Y cuándo podrá cantar?

—Lo menos en un par de meses no puede salir al teatro, dijo el doctor.

Esto hubiera acabado de decidir á Aquiles si ya no hubiera estado resuelto su viaje. Si no se marchaba, tenia que devolver al empresario los fondos que habia recibido, y no le convenia de ningun modo desprenderse de ellos.

—El caso es que yo tengo necesidad de marchar á Italia; un negocio urgente me obliga, y no quisiera decírselo á ella por temor de disgustarla.

—¡Oh! parta Vd. cuando guste; yo se lo diré, y crea que haré lo posible por ella y por Vd., pues les aprecio infinito.

—Muchas gracias, doctor, dijo Aquiles.

Ya no vacilo; despidióse del doctor y de Fany, prometiendo volver muy pronto, apenas se lo permitiesen sus negocios; y salió de París, dejando á su infeliz esposa enferma, abandonada, sin recursos, pues hasta sus alhajas se llevó para Rosina, y comprometida á pagar así que estuviera buena los fondos que él habia recogido anticipadamente.

Muchos dias tardó en comprender su verdadera situacion; mas al fin, restablecida de su dolencia no pudo menos de enterarse, llorando su triste desventura.

Su primer cuidado fué pedir la correspondencia de su casa; esperaba con ansiedad la noticia de la llegada de su hija á París, temiendo un nuevo desastre con aquella cruel determinacion de su implacable esposo.

—¡Oh! ¡y nada me dicen de venir mi hija, esclamó en alta voz delante de Fany.

—Aquella carta no la puse en el correo, señora; la tengo aquí, dijo la doncella.

—¡Ah¡ bendita seas, murmuró Angela con trasporte; nos has evitado un fracaso.

—Como Vd. me indicó que no la llevase, francamente, me pareció mejor obedecerla que no al señor.

—Hiciste muy bien; las madres sabemos mejor lo que nos hacemos; esta órden fatal hubiera causado la muerte de mi pobre niña.

Angela tomó la carta de manos de su doncella, y despues de enterarse de su contenido la arrojó á la chimenea. Luego buscó en su correspondencia alguna de su marido que la esplicase siquiera la determinacion que habia tomado para ausentarse en tan aflictivos momentos; pero nada, ni una letra, ni una palabra de disculpa; el abandono era completo. Aquella aparente reconciliacion fué solo un pretesto para apoderarse de todos los bienes que tenian. Conseguido su objeto, era inútil el disimulo.

El amor propio de Angela no pudo menos de sublevar su alma generosa y elevada; subió

á sus ojos el carmin de la vergüenza, pero en sus ojos brilló un rayo de indignacion y de noble orgullo.

—La desventura me agovia; bien: yo acepto mi desdicha irguiendo la cabeza sin rubor, porque no la he merecido. Hoy, mas que nunça, debo trabajar para mi hija; para asegurar su porvenir, y trabajaré, ya que su padre le arrebata su fortuna.

Como si estas ideas hubieran llevado la fortaleza á su alma, adquirió nuevo vigor y nueva energía. Cuando el doctor llegó á visitarla, se admiró al ver lo animado de su semblante.

—¿Cómo nos encontramos?.... mi querida señora, dijo el anciano doctor sentándose á su lado:

—Muy bien, amigo amio; ¿no es verdad que nota Vd. menos abatimiento en mi rostro?

—Tanto, que me maravilla su estraña animacion.

—Es que me siento herida por la desgracia, y mi alma es de tal temple que se fortalece con la adversidad, dijo Angela, sin poder, á pesar

de su valor, ocultar una lágrima que apareció en sus ojos.

—¡Ah! deje Vd. correr el llanto, noble señora, y no tema depositar sus penas en el seno de un amigo, esclamó el doctor enternecido y admirado á un tiempo de la grandeza de alma de aquella mujer singular.

—Muchos consuelos debo á la tierna solicitud de Vd., mi querido doctor, en mi triste desamparo; Vd. es mi solo amigo, el único sér que, penetrando las amarguras de mi alma, me ofrece con su leal amistad algun lenitivo á mi dolor..... ¡Gracias!.... ¡Ah! ¡mil gracias!.... Crea Vd. que toda la vida guardaré con reconocimiento el recuerdo de su bondad.

—Todo se lo merece quien con tanto valor como dignidad sabe sobreponerse á su desgracia.

—¿Y sabe Vd. quién me presta ese ánimo sobrehumano?

—Solo Dios y la fé cristiana pueden obrar esa maravilla.

—Es verdad; pero yo hallo mi fortaleza y

mi resignacion en mi amor de madre. Todo por mi hija; ahora mismo he formado la resolucion de trabajar para ella; necesito mis fuerzas y mi salud mas que nunca para recobrarle la fortuna que su indigno padre le arrebata.

—Con ese santo propósito y con tan generosas ideas, pronto estará Vd. buena.

—Aquí tengo contratos para Madrid, y despues para Lóndres; ambos los he firmado aceptando sus proposiciones que son ventajosísimas para mí; mas antes debo cumplir el que tengo pendiente aquí en París. ¡Ah! ¿cuándo estaré en disposicion de cantar, mi querido doctor? ¡lo deseo tanto!...

—Me atreveria á suplicar á Vd. que esperase ocho dias; hasta entonces no respondo.

—Bien, esperaré; hoy es domingo, de manera que el domingo próximo ya puedo salir al teatro, dijo Angela.

—Creo no habrá inconveniente, contestó el doctor.

—Voy, pues, á participarlo al empresario para que pueda anunciarlo al público y no se perjudiquen sus intereses.

—¿De modo que desde aquí marcha Vd. á Madrid, y luego á Lóndres?

—¡Así será!

—¿Sin tocar en Valencia?

—Antes que mis afecciones son mis deberes; es preciso que el sacrificio sea completo.

—¡Magnánima mujer!

—Cuando haya recobrado la fortuna de mi hija, y cuando pueda ofrecerla un espléndido dote para que se case con Angel Augusto, la iré á ver; solo entonces me permitiré abrazar á esos séres tan queridos de mi corazon.

Este debia ser un sacrificio superior á las fuerzas de Angela, pues aunque á sí misma se le imponia en aras de su deber, sintió una emocion profunda escapando de sus ojos raudales de llanto.

El doctor procuró reanimar aquel espíritu que momentáneamente se abatia, y la aconsejó admitiese alguna de las muchas personas que solicitaban su amistad.

—¡Eso nunca!.... nadie debe penetrar en el santuario de mis dolores; contestó enjugándose las lágrimas.

—Siquiera yo, ¿cuándo no me necesite como doctor, me recibirá como amigo?

—¡Eso sí! Vd. es el único que posee el secreto de mi desventura, y debe ser solo mi confidente.

—¡Gracias!.... ¡mil gracias, mi querida señora! crea Vd. que nunca desmentiré su noble confianza, y puede contar siempre con mi apoyo y con mi afeccion sin límites.

El doctor se retiró profundamente afectado dejando á la heróica madre entregada á sus reflexiones, y leyendo como su mayor consuelo las tiernas cartas de su hija.

Jorge, que tenia su habitacion en el piso bajo de la misma fonda en que Angela se hospedaba, se adelantó á recibir al doctor apenas sintió su voz en la antesala.

—¿Cómo está? le dijo en inglés con rápido acento.

—Perfectamente; esa mujer es una santa y una mártir; esclamó el doctor con entusiasmo.

Jorge le condujo á un gabinete retirado, le hizo sentar junto á sí en un divan, y mirándole

con una espresion desgarradora, en que se pintaba el amor y el dolor que devoraba su alma, le dijo:

—Quiero que una por una me trasmita Vd. todas sus palabras; todos sus pensamientos.

El doctor entonces refirió á Jorge la conversacion que habia tenido con Angela, comentándola segun el grado de admiracion y de entusiasmo, que en él habia producido el conocimiento exacto de nobles sentimientos.

—Por eso la adoro; por eso tiene un altar en mi pecho; por eso la rindo culto, dijo Jorge; ¡ay! ojalá que no fuera tan grande y tan magnánima; entonces podria yo abrigar alguna esperanza y no sufriria lo que sufro.

—Es una de esas mujeres ángeles ó mártires que vienen al mundo para sufrir y que suben al cielo purificadas de toda mancha sin que su blanca vestidura se haya rozado con el lodo de la tierra.

El abatimiento de Jorge era inmenso; apuró con delicia todas las palabras del doctor que se referian á ella, y luego se dejó caer con negli-

gencia en el divan, dejándose subyugar por un soporífero dolor, por ese terrible *splin*, que apoderándose del alma la enerva, la roba su energía y va poco á poco infiltrando en ella el gérmen de la desesperacion y de la muerte.

Ambos eran dignos de lástima; mucho mas él, que no tenia como Angela, una hija que le prestase fuerzas, y unos padres cuya dulce ternura mitigase sus padecimientos.

¡La familia!.... ¡oh! ¡qué fuente inagotable de puros deleites es la familia!.... ¿Sin ella qué seria de la vida? Estéril é infecunda rama que solitaria brota en el desierto, sin afecciones, sin amor, sin compañeras que les auxilien y apoyen en la triste carrera de la vida. Solitaria palma, jugete de los vientos y de los huracanes, que la empujan y arrebatan á merced de su capricho, sin que tenga valor para oponerse á los embates de la tempestad, ¿y cómo resistir? La fuerza solo la presta la union, la fraternidad de muchas ramas reunidas; la familia en fin, vínculo santo de la alianza y del amor!!!...

CAPITULO VIII.

Todas las resoluciones que se fundan en sentimientos nobles, suelen ser fecundas en benéficos resultados. Así Angela obtuvo la recompensa de su abnegacion, adquiriendo antes de salir de Francia enormes sumas, despues de haber pagado generosamente las deudas de su marido. Su talento era inmenso y delirante la admiracion que producia en el público; por eso las magníficas notas de su privilegiada garganta eran otras tantas perlas que llenaban sus arcas de dinero. El empresario del teatro, por conseguir que diese algunas funciones mas de las convenidas, dobló la suma en que estaba ajustada, consiguiendo con aquella prórroga enormes ganancias y no escaso beneficio para

Angelina, que intactas iba mandando á su padre las cantidades que recibia á fin de que comprase á su nombre las fincas que habia vendido Aquiles, con objeto de recibirlas despues como herencia paterna y que nunca su marido pudiera disponer de ellas.

Terminado su compromiso en París, salió para España, dirigiéndose inmediatamente á Madrid, acompañada del doctor inglés y Fany, que no consintieron dejarla, pretestando vivos deseos de conocer la España antes de trasladarse á Lóndres, su país natal.

Nuevas ovaciones la esperaban, inusitados triunfos debia conquistar en su patria, como justo homenaje á su admirable génio artístico. Las primeras veces que se presentó en escena fué recibida con entusiasta delirio; era una embriaguez, una locura, un vértigo que trastornaba el espíritu del público y á ella la arrancaba ardientes y dolorosas lágrimas. Siempre se retiraba á su cuarto con el corazon oprimido, buscando en torno de sí un sér que identificado con sus sentimientos, participase de sus emociones,

de sus alegrías y de sus penas. Mas ¡ay! solo encontraba la soledad y el tédio. ¿De qué sirve la gloria, sin el amor santo y puro que uniendo las almas las vivifica haciéndolas aspirar en delicioso éxtasis idénticos goces?

La pobre Angela tenia sobre su corazon una barra de plomo; aquel corazon tan ardiente, tan entusiasta, tan lleno de amor era un sepulcro, era la tumba de sus ilusiones que encerraba para siempre la felicidad entera de su vida.

Mártir de su deber trabajaba con fé, animada por un ardor febril, por una sed insaciable de oro, mucho oro, lo necesitaba para el dote de su hija querida, única afeccion santa y pura que mitiga sus acerbas penas.

Al retirarse muchas noches á su habitacion, despues de un ruidoso triunfo, hallaba sobre su tocador una enlutada targeta de Jorge Willans y un ramo de flores. Era el tierno y mudo homenaje de un corazon, que como el suyo, moria de amor, de un amor sin esperanza.

Así pasaron algunos meses, corriendo unos tras otros, monótonos, tristes y sombríos, nin-

gun incidente notable ocurrió en este intervalo digno de referirse.

Angela terminó su contrato en Madrid y dispuso su viaje para Lóndres, debiendo tocar en Lisboa, donde estaba comprometida para dar unas cuantas funciones.

Su familia la instaba de contínuo para que fuese antes á pasar una temporada en Valencia; pero firme en su propósito se negó desde luego. Augusto vivia al parecer tranquilo y feliz al lado de los ancianos y de los niños, y ella no queria turbar con su presencia aquella dicha tan pura.

La última noche que permaneció en Madrid fué señalada por una catástrofe que pudo serle muy funesta.

A la madrugada, los serenos dieron la voz de «fuego»: la casa en que Angela habitaba estaba ardiendo y ya penetraban las llamas en su propia habitacion. Habíase retirado muy cansada del teatro y dormia profundamente sin advertir el peligro, hasta que las voces de alarma la hicieron saltar de la cama cubriéndose aceleradamente con una bata de abrigo.

La calle estaba cuajada de gente y las bombas maniobraban para cortar el fuego. Angela en su profunda ansiedad abrió la puerta del gabinete y penetraron las llamas con furor, haciéndola retroceder espantada hasta la alcoba, por cuya puerta de escape quiso buscar salida, sucediéndole lo propio, porque las habitaciones inmediatas estaban ardiendo; quiso volver al gabinete, pero ya le inundaban las llamas, y su muerte era segura

Sofocada por el humo, casi moribunda, fué á caer de rodillas ante una imágen de la Vírgen que tenia á la cabecera de la cama. De repente, como si la Vírgen hubiera atendido á su ruego, se abrieron con estrépito las maderas del balcon, los cristales saltaron en mil pedazos, y un caballero de arrogante y esbelta figura atravesando por entre las llamas con un valor sobrehumano se acercó á la desmayada jóven, y cogiéndola en sus robustos brazos salió con ella al balcon bajando por una escalera de mano, sin que al parecer le embarazase lo mas mínimo su preciosa carga.

Con frenéticos bravos fué acogida su heróica accion; mil bocas le aclamaban; mas él, impávido y sereno como si no hubiese jugado la vida en aquel lance, fué á depositar en un coche su preciosa carga, donde ya Fany y el doctor la esperaban; subió despues, y alejándose precipitadamente de aquella escena de horror, fueron á detenerse en una fonda, prestando allí á la jóven, que seguia desmayada, toda clase de auxilios.

Su generoso libertador no era otro que Jorge Willans; el infeliz, medio loco de dolor, se olvidó de su incógnito, de la promesa que hizo de no presentarse nunca delante de Angela, y permaneció de rodillas á la cabecera de su cama esperando con una angustia mortal á que abriese los ojos, á que diese alguna señal de vida.

—¡No hay cuidado!.... decia el doctor; es un desmayo nada mas, producido por el terror.

—¡Oh! ¡mi vida por la suya, doctor!.... ¡sálvela Vd. aunque yo muera!.... murmuraba Jorge.

¡Cuánto amor, cuánta abnegacion encerra-

ba tan sublime esclamacion!.... En el pecho de aquel hombre no cabia ya el sentimiento que le absorbia y le mataba.

Angela volvió á la vida, abrió los ojos, y su primera mirada fué á encontrarse con la de Jorge. Con un impulso que no fué dueña de reprimir, alargó su mano y murmuró débilmente al sentir el casto beso que Jorge imprimió en ella:

—¡Gracias!.... ¡mil gracias! ¡hermano mio!..

—¿Y por qué son esas gracias?.... dijo él.

—Á través de las llamas, reconocí á mi generoso amigo que corria á salvarme.

—Y lo consiguió con peligro de su vida; añadió el doctor, que deseaba unir aquellas dos almas con algun lazo simpático, siquiera fuera el de la gratitud.

—Desde hoy la mia le pertenece; dijo Angela. ¿Quiere Vd. ser mi hermano?

—¡Quiero todo lo que Vd. quiera!.... esclamó Jorge enternecido.

—Seamos pues hermanos, y que este santo afecto una nuestros corazones.

Como el desmayo de Angela habia sido pa-

sagero, se repuso muy pronto, hallándose á las pocas horas en disposicion de marchar á Lisboa.

Por la primera vez de su vida Jorge almorzó con ella; se habian resignado á ser hermanos y eran felices. Era todo lo que podia conseguir, y ya lo tenia, con el permiso de descubrir el incógnito, de visitarla diariamente, de acompañarla, y de ser su mejor amigo y el depositario de sus penas. La conducta de aquel hombre no podia menos de hacer honda impresion en el alma generosa y elevada de Angelina. Le sentia morir y le tendió la mano, y le consagró su reconocimiento y su cariño fraternal para hacerle mas llevadera su aislada y solitaria vida.

—No he visto á Vd., Jorge, le decia ella, desde nuestra última entrevista en el pabellon, á pesar de que sus tarjetas y sus flores me anunciaban de contínuo su presencia cerca de mí.

—En cambio ha visto Vd. á un anciano de barba blanca.

—¿Era Vd.?

—Sí, señora; disfrazado así velaba por Vd.

—¡Mi noble amigo!.... ¿Cómo pagar tanta bondad?....

—¿No estoy bastante pagado con que no la enoje este cariño inmenso que no puedo borrar de mi alma?

Angela le miró con dolorosa espresion, y queriendo variar el curso de sus ideas le dijo:

—Ahora recuerdo, que aquella célebre noche del pabellon se dejó Vd. olvidada una cartera.

—¡Mi cartera!.... ¡qué felicidad!.... ya la creí perdida, y hubiera dado por recobrarla la mitad de mi fortuna.

—Pues la tengo yo; pero no puedo dársela en este momento. Era una prenda que me comprometia y la dejé en uno de los cajones de mi secreter.

—¡Ah! ¡señora!.... á todo trance necesito recobrarla; guardo en ella papeles muy interesantes que solo deben estar en mi poder.

—Eso es imposible; hasta que yo vaya á Valencia no puedo dársela á Vd., aquí tengo la

llave del secreter, nadie allí puede verla, y aun creo que ni siquiera el pabellon se abrirá durante mi ausencia.

—Pero está allí Augusto y yo no puedo descansar con el temor de que esos papeles puedan caer en su poder: encierran terribles pruebas que no me comprometen á mí solo.

—Comprendo; ¡quizá de su mujer!....

—No me pregunte Vd. nada..... me desespera la idea de haber perdido esa cartera, y de que se halle tan cerca de Augusto.

—¿Y qué haremos?

—¿Quiere Vd. fiarme esa llave? Iré á recogerla; nadie me verá penetrar en el pabellon ni en la alquería.

—¿Y si le viesen por casualidad?

—No tenga Vd. cuidado ninguno, y aunque en la empresa arriesgara la cabeza iria sin temor, esclamó Jorge con firmeza.

—Vaya Vd., pues, y que Dios le ampare; porque su temeridad no está exenta de peligros, dijo Angela buscando la llave en su cartera y entregándosela.

—Procuraré salir con bien y volaré á reunirme con Vd. en Lisboa.

—En Lóndres mas bien, si el ánimo de Vd. es acompañarme á todas partes; en Portugal permaneceré muy pocos dias.

—Siempre que Vd. me lo permita, la seguiré como amigo, como hermano, como esclavo, como Vd. quiera, de cualquier manera que sea, viéndola, viviré; sin verla me falta la luz, el aire, la existencia. Sé que Vd. ama como yo, sin esperanza, ambos somos infelices; pero si nuestras almas están separadas, únanse nuestros corazones por un lazo fraternal, y ayudémonos mútuamente á cumplir nuestra penosa peregrinacion sobre la tierra.

—Sea: yo quiero que Vd. viva y sea siempre mi hermano; pero no sé por qué tengo miedo de que vaya Vd. á Valencia.

—¡Temor pueril!.... Nadie me verá.

—Si la fatalidad hiciera que se encontrase Vd. con Augusto.....

—Iré solo de noche al cabañal, hasta que

halle la ocasion de introducirme en la huerta sin que me vean, dijo Jorge.

—No sé por qué tiemblo antela idea de que puedan encontrarse.

—Y si esto sucede, respetaré su vida; se lo he jurado y cumpliré mi juramento, esclamó Jorge haciendo un esfuerzo supremo porque le era muy penosa aquella resolucion.

—Gracias... pero tambien aprecio la de Vd. y no quiero esponer ni una ni otra, dijo Angela comprendiendo la enormidad del sacrificio que Jorge hacia en aras de su amor.

El mismo dia se separaron, saliendo ella para Lisboa y él para Valencia.

Apenas habian permanecido juntos algunas horas, las suficientes para simpatizar, con la simpatía de una verdadera y leal amistad.

Ambos eran grandes, generosos y magnánimos; almas hermosas templadas por la adversidad y dignas de mejor suerte.

La despedida fué triste, porque Angela presentia alguna desgracia, aumentándose su do-

lor real con el nuevo dolor del presentimiento que llenaba su corazon.

No quedó Jorge menos desconsolado: tambien presentia su próximo fin, porque al perder de vista el carruaje en que se alejaba la mujer única en la tierra que habia llenado su corazon sintió un dolor vivísimo y agudo, sus ojos se llenaron de lágrimas y esclamó con una voz tan dolorida que parecia salir del fondo de su alma:

—Ya no la veré mas!....

Luego cayó en un anonadamiento profundo, entregándose de lleno al fatal *splin*, que le dominaba siempre que la influencia de Angela no ejercia sobre él su poderoso imperio.

CAPITULO IX.

A semejanza de la blanca nube que aparece en el espacio y vuela impelida por el viento recorriendo pueblos y ciudades, así nuestra imaginacion, lector amigo, en alas de la curiosidad se traslada de uno á otro punto, viendo con los ojos del alma aquellos objetos que nos son queridos, aquellos paisajes que nos impresionaron por primera vez, aquellas blancas y espumosas olas que al estrellarse con fuerza en las rocas, dejaban en nuestro corazon para mucho tiempo su prolongado gemido, como si fuese el eco de un moribundo al despedirse de la vida.

Hay impresiones que no se borran jamás, y

hay sitios que aunque no los volvamos á ver en muchos años, están siempre á nuestra vista.

El Cabo de Francia y las rocas del contramuelle son los dos puntos que en el cabañal visita con mas frecuencia nuestro amigo Augusto. En el primero, como mas solitario y próximo á su alquería se le ve casi de contínuo. Vive con sus hijos y con sus ancianos tios, al parecer tranquilo y resignado con su suerte, por mas que la plata de su cabello y las arrugas de su frente denuncien la horrible borrasca que se agita en su alma.

El dia en que volvemos á encontrarle habian tenido carta de Angela, en que les anunciaba los grandes triunfos adquiridos en Lisboa y su próxima partida para Lóndres.

Como la conformidad imperaba en el ánimo de Angela y su único anhelo era adquirir para su hija las riquezas que su indigno esposo la habia arrebatado, se reducian sus cartas casi siempre al mismo asunto reasumiendo su idea vital.

—¡Oh, se ha metalizado!.... decia Augusto,

sin comprender la augusta sublimidad de los nobles sentimientos de Angela. La gloria y el dinero son su norma; ya no me ama, quizás haya conseguido olvidarme y amará á ese inglés aborrecido que la sigue á todas partes consagrándola su vida y su adoracion!...

Estos dobles celos aumentaron en Augusto la ira y el ódio implacable que sentia hácia Jorge. No era posible paz ni tregua en aquella profunda animadversion que tenia por base tan delicadas causas.

La cartera de Jorge encontrada en el secreter de Angela era una prueba de que los dos habrán llegado á entenderse, de que se habian visto en el pabellon y de que habian partido juntos para Francia. La carta de Emerenciana habrá sido la prueba que Jorge presentase á Angela para convencerla de que siempre la habia amado.

Todas estas ideas rodaban produciendo inmensa confusion en la mente de Augusto. Luego le confirmaba en sus sospechas el silencio de su prima, que ni una palabra le hablaba de su

antiguo afecto, á pesar de que habia vuelto á ser abandonada por su marido, y corria sola el mundo, sin apoyo y sin proteccion de nadie, procurando solo alcanzar muchos laureles y atesorar muchas riquezas.

Todos los pensamientos de Augusto eran emanados de este tema, siendo bastante ineficaz el cariño de Ermelinda y de Angel Augusto que procuraban distraerle con sus caricias, consiguiendo muy pocas veces arrancar á su lábio una sonrisa; pero sonrisa tan dolorosa que denunciaba la hiel que vertia su alma.

Ya Emerenciana no le inspiraba ningun cuidado; pobre abeja descarriada que habia entrado á tiempo en el redil del Señor antes que la tempestad rugiese sobre su cabeza.

Tenia cartas de su tia desde el monasterio de las Huelgas, en que le participaba que la jóven hacia una vida ejemplar consagrada esclusivamente á las prácticas religiosas, y negándose á recibir noticias del mundo que pudiesen alterar la paz de su espíritu.

Las patriarcales costumbres de la alquería

eran siempre lo mismo. Allí reinaba el órden, la tranquilidad y la bienandanza. D. Angel paseando por la tarde en su sillon de ruedas, acompañado por Angel Augusto; doña Margarita y Ermelinda haciendo labor debajo del emparrado; Augusto leyendo los periódicos, y paseando luego solitario y ensimismado por la orilla del mar.

Llegaba la noche, se cenaba temprano, se rezaba en familia el rosario y se acostaban despues los viejos y los niños; solo Augusto velaba hasta la una ó las dos de la madrugada, leyendo ó trabajando unas veces, y otras cuando el tumulto de sus pensamientos no le dejaban entregarse á las tareas intelectuales, se paseaba por la huerta buscando el sueño en el cansancio de un ejercicio fatigoso.

Una de aquellas noches en que estaba mas alterado su espíritu, no pudiendo conciliar el sueño, apagó la luz y salió del pabellon cerrando la puerta. Recorrió dos ó tres veces la huerta en toda su estension, y fué á sentarse por último en el cenador de jazmines, su sitio

predilecto por los recuerdos que encerraba.

En su adolescencia allí iba con Angela para hablar de sus amores, y en la época de su desgracia iba tambien allí para recordarlos y para beber el veneno mortal que le producian sus horribles celos y sus dolores insoportables.

El jazminero estaba en frente del pabellon; una ventana habia quedado abierta, y en su interior reinaba completa oscuridad. De repente se iluminó. Acababan de encender una luz en el gabinete de Angela: Augusto se puso en pié maquinalmente, su primer impulso fué agitar la campana llamando á los criados, creyendo se habrian introducido algunos ladrones en la alquería: mas desechó este pensamiento por temor de producir una falsa alarma, y queriendo cerciorarse por sí mismo, se deslizó como una sombra entre los árboles y fué á mirar por la ventana.

Cuando pudo ver lo que pasaba en el gabinete se quedó estático; acercóse más y se restregó los ojos dos ó tres veces como si no pudiera dar crédito á lo que veia.

Trascurridos unos breves instantes ya no debió quedarle duda, porque sin titubear saltó por la ventana, y dirigiéndose hacia Jorge Willans que estaba inclinado sobre el secreter esclamó con voz de trueno:

—¡Miserable !.... ya te encontré y vas á morir á mis manos!....

Jorge se irguió con altivez, y sin intimidarse por tan terrible amenaza, dijo con su flemática calma inglesa:

—¡Bah!.... qué importa morir!.... lo que yo quiero es la cartera.

—En vano la buscarás: yo la tengo.

—¡Ah! esclamó Jorge como herido por un rayo, y bajó la cabeza abatido por un golpe que le era muy sensible, sin que entrase para nada en aquel pesar su interés personal, sino el temor de ver comprometida á una mujer que le habia amado.

Acalorado Augusto, prorumpió en improperios: no hubo dictado insolente que no le arrojase al rostro, pretendiendo irritar la fria calma de aquel hombre estraordinario.

Empero Jorge, con una magestad soberana, le impuso silencio, diciendo con aquel estoicismo peculiar á su carácter:

—¿A qué hora nos veremos mañana?

—Lo que puede hacerse hoy no se debe dejar para mañana; contestó con impetuosidad Augusto.

—Es que, como en el sentimiento que nos domina no cabe tregua, debemos morir uno de los dos, y por si me toca á mí, deseo dejar mis asuntos arreglados.

—Mi impaciencia no admite dilaciones; hace mucho tiempo que recorro el mundo buscando mi venganza, y ya que se me presenta, no la dejaré escapar.

—Unas cuantas horas nada mas; soy caballero y no faltaré; dijo Jorge con un tono tan reposado y tan perfectamente tranquilo que llenó de admiracion á Augusto.

—Bien; señale Vd. mismo el término, dijo.

—Mañana á las diez.

—Corriente: ¿el sitio?

—Eso le corresponde á Vd., añadió el inglés...

—El Cabo de Francia, dijo Augusto. ¿Las armas?

—Pistola, y á diez pasos.

—¿Testigos?

—Dios y nuestra conciencia; repuso el inglés embozándose en su capa y desapareciendo por la puerta del pabellon, sin que á su rostro apareciesen ni una sola de las impresiones que le agitaban.

Augusto le miró marchar sin detenerle.

Luego se acostó y durmió tranquilo aquella noche: iba á vengarse y estaba satisfecho: poco le importaba morir cuando la vida era para él una carga insoportable.

Se levantó por la mañana á la hora de costumbre, puso sus papeles en órden, escribió algunas cartas y fué al comedor donde ya la familia le esperaba para el desayuno.

Estuvo cortés y afable con los ancianos, cariñoso y tierno con los niños, despidiéndose de aquellos y besando á estos con ardor, como si hubiera pensado emprender un largo viaje.

—¿Dónde vas, hijo mio? le preguntó doña Margarita con su dulzura habitual.

—Voy á Valencia y no sé cuándo volveré; quizá antes de un par de horas esté aquí, ó quizá no vuelva en mucho tiempo; esto depende de las noticias que me dé un amigo á quien estoy esperando, dijo Augusto alejándose ya.

No queria entrar en detalles por evitar sospechas, y además temia que le vendiese su corazon y su ternura de padre.

Volvió á besar á los niños que le acompañaron hasta la puerta de la alquería, y se alejó sin volver la cabeza para que no viesen dos gruesas lágrimas que rodaron á lo largo de sus megillas.

—Está muy triste y muy sombrío tu papá, no es verdad, Angel? dijo Ermelinda.

—Algo preocupado le encuentro hoy; aunque no se puede juzgar, porque su estado habitual es ese; contestó el adolescente.

Como Augusto salió de la alquería por la puerta principal, tuvo que dar un rodeo largo y le costó media hora de camino para llegar al sitio convenido.

Hacia algunos minutos que habian dado las diez.

Jorge de pié, recostado en el tronco de un árbol, con los brazos cruzados y con la severa magestad de un héroe, le aguardaba sin impaciencia y sin temor.

Su impasible y bello rostro no sufrió alteracion ninguna al acercarse Augusto; le miró llegar, y cuando estuvo á su lado, se apartó un poco del árbol, arrojó á un lado el sombrero, y señalando una caja con cuatro pistolas que habia á sus piés, esclamó con voz breve y rápida, pero tranquila:

—Examínelas Vd. y elija.

Augusto tomó la primera.

—Cualquiera es buena, dijo: ¿estarán cargadas con bala?

—Sí señor; puede Vd. contar los diez pasos desde aquí.

—¿Piensa Vd. permanecer en ese sitio? preguntó Augusto viendo que Jorge volvia á tomar en el árbol su indolente postura.

—Si Vd. no dispone otra cosa, quisiera morir aquí.

—¿Piensa Vd. morir?

—Sí señor; contestó con fria calma el inglés.

—Quizá caigamos los dos á un tiempo; dijo Augusto.

Jorge calló.

—¿No toma Vd. pistola? esclamó Augusto que se disponia á contar los pasos.

—Espero á que tenga Vd. la bondad de elegir una para mí.

Augusto tomó de la caja la primera que se le presentó, y amartillándola, se la ofreció á Jorge con la mayor finura, como si se hubiera tratado de un juguete ó de un ramo de flores.

—¡Mil gracias!.... dijo flemáticamente el inglés, volviendo á cruzarse de brazos mientras Augusto contaba los diez pasos.

—Ya estamos; en guardia, esclamó este volviéndose con viveza:

—Una palabra; dijo Jorge.

—Sea Vd. breve.

—Cuando yo haya muerto, le ruego recoja los pliegos que he colocado en el tronco de ese árbol, y dé cumplimiento á mis últimas disposiciones.

—Así lo haré, si le sobrevivo.

—Ya estoy á la disposicion de Vd.; dijo Jorge alzando su brazo en actitud de disparar: tiraremos á un tiempo.

—Ahora: esclamó Augusto dando la señal.

Dos tiros salieron á un tiempo.

La bala de Augusto fué á clavarse en el pecho de Jorge, que cayó sin exhalar un ¡ay!

La de Jorge fué á cortar la copa de un árbol que estaba á mucha distancia de Augusto.

—¡Oh! ¡ese hombre me ha perdonado la vida!... esclamó Augusto, que al tiempo de tirar, y cuando ya no era posible retroceder, vió cambiar de direccion el brazo de Jorge.

Corrió con ansiedad hácia él.

Estaba muerto.

La bala le habia atravesado el corazon.

Calmada su ira con la venganza satisfecha, pero sintiendo un horrible peso en su alma, fué

á recojer los papeles que Jorge le habia indicado.

El que estaba encima de todos tenia en el sobre, con gruesos caractéres, estas palabaas:

«ESTE DEBE QUEDAR SOBRE MI CADAVER.»

Augusto le abrió; iba dirigido al Gobernador de Valencia, y declaraba en él que no se culpase á nadie de su muerte, pues cansado de vivir se suicidaba dejando encargado á su QUERIDO AMIGO D. AUGUSTO SALCEDO, el cumplimiento de sus disposiciones testamentarias.

Tan inmensa prueba de generosidad y de abnegacion conmovió profundamente al desgraciado Augusto que corrió hácia el cadáver, y colocando en uno de los bolsillos de su trage aquella carta, esclamó con dolorido acento:

—¡Gran corazon !.... ¡alma noble !.... diera mi vida por devolverte la que iracunda te arrancó mi mano.

Permaneció unos instantes de rodillas como pidiendo á Dios por el alma de aquel desventurado; luego se dirigió á la alquería con la cabeza baja y sintiendo lleno de angustia el corazon,

CAPÍTULO X.

Todo el dia permaneció Augusto encerrado en el pabellon; estaba medio loco y sentia una tortura horrible en el alma, un enorme peso en su conciencia.

Sobre una mesa estaban abiertos los pliegos de Jorge que Augusto habia leido con admiracion una y otra vez.

Veamos algunos, los más interesantes.

«Augusto: Sé que voy á morir: tengo de ello una completa seguridad, porque mi honor me manda admitir el duelo á muerte que V. exije de mí como reparacion de los agravios que he podido inferirle, y mi conciencia me prohibe

matar á V. porque he jurado respetar su vida y cumplo mi juramento. Ni Angela ni Emerenciana me perdonarian jamás que arrebatase la vida á un padre que tiene que velar por su hijo y por su familia, y para merecer su perdon, para que conserven de mí un grato recuerdo derramando una lágrima en mi tumba, prefiero sacrificar mi vida, mi estéril y solitaria existencia que se ha deslizado en el erial del mundo, como árida é inútil planta sin flores y sin frutos.

«Nada puedo ni quiero alegar en mi defensa: por mi conducta con su esposa soy culpable; Emerenciana es inocente y reclamo el perdon de Vd. para ella en este solemne momento en que me despido de la vida.

»Augusto, aun hay en el corazon de Vd. otra fibra muy dolorida, la de los celos, no los celos de esposo, los celos de amante, y es mi deber arrancar toda sombra de sospecha que pudiera cobijar en su alma. Si ha encontrado Vd. mi cartera en el secreter de Angela, fué porque una noche desesperado ya y no pudiendo sufrir

la intensidad de mi amor, penetré en el pabellon con ánimo de morir á los piés de Angela sino me correspondia. Ella entonces me abrió su pecho fiando en mi caballerosidad, abrió el secreter y mostrándome el ramillete de jazmines y aquellas prendas que simbolizan el amor de Vd. me dijo:

—»Mi corazon todo entero pertenece á mi primo, y estoy dispuesta á morir antes que faltar á mi deber.

»De esta manera mató mi esperanza convirtiendo mi criminal amor en fraternal cariño; quise morir, y me prohibió atentar á mi vida, haciéndome jurar que respetaria siempre la de Vd.; dígala pues, que he sabido cumplir mi juramento.

»Su marido arrebató, para entregárselos á una querida, los bienes de su hija; y la noble, la magnánima Angela va cantando de teatro en teatro para adquirirle otros; lleva el corazon desgarrado y morirá si Vd. no acude á salvarla separándola de la escena que la arroja emponzoñados los laureles y los triunfos.

»Concluyo perdonando á Vd. mi muerte y rogándole que haga cumplir mis disposiciones testamentarias; queme esta carta cuando la haya leido para que en ningun tiempo pueda comprometerle, y ruegue á Dios por el alma del desgraciado,—JORGE WILLANS.»

La dirigida á Angela estaba concebida: en estos términos:

»Hermana mia: Voy á morir, y muero fiel á mi amor y á mis juramentos. Una mano estraña me hiere en el corazon, no importa quién sea; será la fatalidad, será quizá la mano de Dios que en su inexorable justicia no permite que yo viva mas tiempo sobre la tierra.

«Soy inmensamente rico, y no tengo á quien legar mis riquezas, permítame se las ofrezca á su hija y á su futuro esposo Angel Augusto.

»Ambos son mis herederos el dia que se unan en santo lazo; entretanto queda Augusto encargado de mis bienes. No guardo á éste rencor ninguno: es tan grande mi amor que me dá el suficiente valor para amar todo lo que Vd. ama, y en este momento supremo la suplico que pro-

curen ser felices sobre la tierra, si las almas privilegiadas como la suya pueden hallar aquí abajo la felicidad. Por único favor la pido que consagre algun recuerdo á mi memoria y coloque con piadosa mano una flor sobre mi tumba.

»Muero adorándola y bendiciendo su nombre.—JORGE WILLANS.»

Estas eran las dos cartas mas importantes, las demás eran asegurando la suerte de sus criados y de sus amigos, entre ellos el doctor que por órden suya acompañaba á Angela, y la doncella Fany. Su testamento y varios documentos declarando dónde tenia sus capitales y las innumerables alhajas de su familia que todo debia pasar intacto á poder de Ermelinda el dia en que se casara. Prefirió dejar por herederos á los dos niños: temia que Angela en su estremada delicadeza hubiera reusado la herencia dejándosela á ella, que fué el primer pensamiento de Jorge. Augusto cumplió al pié de la letra su última voluntad, costándole no poco trabajo y mucho dinero el permiso para enterrarle en lu-

gar sagrado y en el panteon de la familia de Salcedo.

Con vivo dolor hizo todas las diligencias y encargos que marcaba el testamento, asegurando los bienes á los niños, y depositándolos en poder de D. Angel. La muerte de Jorge y su noble generosidad pesaban en su corazon como una barra de plomo.

Habian pasado muchos meses, y Angela, cumplido su contrato en Lóndres, se dirigia á Valencia para asistir á la boda de sus hijos, que solo á ella esperaban para recibir la bendicion nupcial.

En efecto, cuando llegó, todo estaba preparado; silenciosa y triste debia ser la ceremonia, pues en aquella familia solo dos corazones inocentes sonreian ante la esperanza de una dicha completa. Eran los novios. Estaban exentos de remordimientos y de dolores; no habian conmovido sus almas las tempestades del mundo y presentian la felicidad en la tranquila paz de su conciencia y en su inmaculado y purísimo amor.

Aun cuando Angela llegó, Augusto no salió de su cuarto, donde hacia muchos meses pasaba encerrado la mayor parte del dia. Tenia vergüenza de presentarse ante ella porque temia que adivinase en su rostro la carcoma del remordimiento que le devoraba.

Los niños fueron esposos; habian cumplido 17 años; la ceremonia tuvo lugar en el oratorio de la alquería asistiendo á ella Angela y Augusto que no habian cruzado todavía sus palabras. Los desposados recibieron la bendicion de sus padres y de sus abuelos llorando de alegría, sin advertir el sello de amarga tristeza impreso en el rostro de Angela y de Augusto.

¡Es tan egoista la felicidad!....

Terminado el sagrado acto, Augusto se retiró á su aposento; habia cumplido el deber de su corazon haciendo felices á sus hijos, y solo le restaba cumplir el deber de su conciencia.

Al amanecer, sin despedirse de nadie y sin que pudieran adivinar su resolucion, salió de la alquería y fué á embarcarse en un buque que á las ocho de la mañana debia partir para el Ja-

pon, conduciendo una porcion de misioneros que iban á difundir entre los salvajes la luz del Evangelio.

Eran ya las diez cuando doña Margarita, viendo que Augusto no salia, entró en su cuarto á llevarle el desayuno.

La cama estaba intacta, no se habia acostado en toda la noche; sobre la mesa halló una carta cerrada dirigida á Angela.

Llena de sobresalto la buena anciana corrió á buscar á su hija:

—¡Ah! yo no se por qué presiento una desgracia, esclamó la jóven abriendo el papel con trémula mano.

Hé aquí su contenido:

«Angela: Huyo de estos sitios porque el remordimiento y el dolor roen mi alma. Dejándome llevar de la ira y el deseo de venganza he muerto al hombre mas noble y mas generoso de la tierra. El era mas digno que yo de tu amor, porque supo amarte mejor y tuvo la suficiente grandeza de alma para sacrificarte su vida.

Adios... adios, hasta el cielo, en la tierra no volveremos á vernos jamás. Alcánzame el perdon de tus padres y de nuestros queridos hijos y olvida para siempre al infeliz

AUGUSTO.»

EPÍLOGO.

SEIS AÑOS DESPUES.

La hermosa alquería del cabañal no era como seis años antes, el asilo de una familia dilatada que en las noches de estío se reunian bajo el emparrado del pabellon á rezar el rosario. Aquellas habitaciones donde Angela y Ermelinda pasaron su niñez y su adolescencia, estaban convertidas en enfermería; muchas familias pobres se albergaban en su recinto: era un asilo donde se ejercia la caridad, donde se practicaba la santa y consoladora mision de amparar al desvalido, consolar al triste y curar al enfermo.

Una señora muy anciana, encorbada por el peso de la edad y apoyándose en una muleta, visitaba diariamente á sus acojidos, era doña Margarita, que no quiso abandonar su casa, á pesar de que sus nietos habitaban ya en Madrid ó ya en Valencia suntuosos palacios. La bastaba una pequeña celda contígua á la de su hija Angela, que llena de piadosa abnegacion consagraba sus dias al cuidado de su madre y de los pobres que estaban bajo su apoyo.

Era el dia 2 de Noviembre, un cielo triste y nebuloso, poco frecuente en la pintoresca Valencia hacia mas triste el dia, mas lúgubre y mas sombrío; dia dedicado al recuerdo de séres queridos y á elevar preces al Eterno por los que dejaron de sér.

Angela entró muy temprano en el cuarto de su madre; un carruaje la esperaba.

—¿Te vas hija mia? la dijo la anciana que deseaba levantarse y se habia sentado en un ancho sillon cerca de la ventana.

—Sí, madre mia, no tardaré en volver; ¿quiere V. algo?

—No, querida; lo que quisiera es verte feliz; anda con Dios, y vuelve pronto.

—¡Ay! la felicidad pasa una vez en la vida á nuestro lado, brindándonos sus goces; pero solemos despreciarla y no vuelve jamás; la felicidad y el amor son esencias que se evaporan y que una vez desvanecidas no vuelven á encerrarse en el estrecho vaso del corazon.

Doña Margarita suspiró profundamente, mirando á su hija, y sin contestar una palabra la dió un beso de despedida, y la dejó marchar con silencioso y grave continente.

Angela no era ya la hermosa prima-donna, la celebridad europea que encantaba con su belleza y arrebataba con la mágia de su divino canto. En seis años habia envejecido de tal modo, que tenia la cabellera completamente blanca. Estaba muy delgada, muy pálida, y vestia un hábito del Cármen que habia hecho voto de llevar toda su vida. En su rostro tan espresivo y tan bello en otros tiempos, se habia impreso un sello indestructible de melancólica tristeza.

D. Angel hacia tres años que habia muerto,

y desde entonces las dos santas y nobles señoras se consagraron á hacer bien, pasando su triste vida en prácticas de caridad, mientras Ermerlinda y su esposo Angel Augusto eran dichosos con dos bellísimos niños que colmaban su felicidad.

Angela montó en el carruaje que la esperaba y se dirigió al cementerio, donde descansaban los restos mortales de su padre y de Jorge Willans. Como era demasiado temprano apenas habia gente y pudo sin ser interrumpida dedicarse largo rato á la oracion, despues de haber colocado flores y coronas en las dos tumbas donde se encerraban las cenizas de los séres que la inspiraban tan vivo y profundo recuerdo. En el nicho de Jorge se veia una pequeña caja, Angela sacó una llavecita y la abrió, depositando en ella un pequeño ramillete de jazmines, que fué á unirse con otros seis que yacian en su fondo. Además, en aquella caja se conservaba el polvo de aquel célebre ramillete símbolo de los amores de Angela con Augusto.

—Un ramillete mas, murmuró Angela; cada

año que te sobreviva vendré á depositar uno sobre tu tumba: esos emblemas de mi perdido amor fueron tu tormento, y yo no tenia homenaje mas grande con que pagar tu santa y pura abnegacion que con el sacrificio de ese amor y de esas prendas queridas. Está consumado; nada espero ya del mundo, y solo busco mi consuelo en Dios.

Terminadas estas palabras, la desgraciada mujer inclinó la cabeza sobre la fria losa, y quedó abismada en una profunda meditacion.

Nada sentia en torno suyo, el dolor de los recuerdos, absorbiendo por completo su espíritu, la alejaban del mundo real para trasladarla á las regiones de lo desconocido.

Una elegante carretela se detuvo á la puerta del cementerio, apeáronse un caballero y una señora jóven y bella, con dos niños que llevaban coronas en las manos, á pesar de que un lacayo que los seguia iba cargado con otras muchas, y multitud de ramos y otros objetos para adornar las tumbas.

Aquella feliz pareja en cuyos semblantes

aparecia el brillo de la felicidad y de la alegría eran Ermelinda, su esposo y los niños; el mayor tenia cinco años y se llamaba Augusto, los niña de tres, llevaba el nombre de Angela.

—¡Madre mia!.... esclamó Ermelinda contemplando la inmovilidad y el desencajado rostro de su madre; ¿á qué entregarse así al dolor?

—¿Estábais aquí, hijos mios? no os he sentido llegar, dijo esta levantándose.

—Venimos como todos los años á depositar el recuerdo de nuestro cariño en la tumba del abuelito y en la del pobre Jorge, dijo Ermelinda.

—Dios os premie, hijos mios, por tan santa costumbre. La gratitud es un don que solo conocen las almas nobles, y vosotros agradecereis siempre el generoso rasgo de Jorge que os legó su fortuna.

—Nunca lo olvidaremos, madre mia, dijo Angel Augusto, que era un gallardo mancebo mas alto y mas guapo que su padre.

Largo rato pasaron en el cementerio, mar-

chándose despues todos reunidos á visitar á doña Margarita.

—Te traemos periódicos de Francia, mamá, dijo Ermelinda; llegó el correo al tiempo de salir de casa y aquí los tienes, ni siquiera los hemos abierto.

Angela los tomó, guardándolos hasta que ya en la alquería, mientras el feliz matrimonio con sus niños se entretenian en acariciar á su abuela, se puso á leerlos. De repente dió un grito penetrante, y cayó al suelo desmayada.

—¡Madre! madre de mi alma, esclamó Ermelinda angustiada acudiendo á levantarla.

Doña Margarita exhaló un profundo suspiro, y mirando á su hija con lástima murmuró:

—¡...Pobre hija mia!... el dolor ha encanecido tu cabello antes de tiempo y el dolor te matará.

Entre Ermelinda y su esposo la colocaron en una cama, y prodigándola los socorros necesarios consiguieron que volviera en su acuerdo; sus palabras primeras fueron:

—¡Oh! esos papeles... dámelos...

—¡Pero qué contienen! ¡alguna noticia funesta! dijo Angel Augusto, apoderándose de ellos y examinándolos detenidamente.

Hé aquí las noticias que tan funesta impresion hicieron en el ánimo de Angela.

»De los periódicos de Italia tomamos el siguiente suelto:

«¡Ha sido condenado á cadena perpétua, por falsificador de letras, Aquiles Florentini, esposo de la célebre prima-donna, que por espacio de muchos años fué el asombro del mundo y cuyo paradero se ignora en la actualidad. Aquiles vivia con una mujer de mala conducta llamada Rosina; esta le derrochó todos sus bienes, despues le precipitó en el crímen, y por último al verle en una prision le abandonó á su suerte escapándose á América con el príncipe de Fioreti! ¡Esa es la suerte de los hombres que olvidan sus deberes por seguir tras la corrupcion y la inmoralidad!

»Aquiles no vivirá mucho, parece que el arrepentimiento le mata.»

Mas abajo se leia:

«Tenemos noticias del Japon, y sabemos con dolor que son horribles los tormentos que los salvajes hacen sufrir á los infelices misioneros que llenos de abnegacion y de fé cristiana han ido á estender la luz del Evangelio á aquellas apartadas regiones. Cuéntanse prodigios de la heroicidad y elocuencia de un misionero español, que llaman el padre Augusto Salcedo, es el que mas respeto impone á los salvajes, por la dulzura de su palabra y por el desprecio que manifiesta á la vida; parece que va buscando la muerte, siempre se le ve en los puestos de mayor peligro con la cruz en la mano predicando las sagradas doctrinas de Jesus.

»Es respetado y temido en aquellas comarcas; ha salvado del tormento á muchos infelices; ha convertido multitud de infieles y no falta quien le crea un santo. Otros dicen que bajo la capucha del religioso se esconde un grande orador, y un importante personaje español.»

Cuando Angel Augusto concluyó de leer, tenia los ojos llenos de lágrimas.

—¡Padre de mi alma! murmuró; es la pri-

mera noticia de su paradero que tenemos desde hace seis años que se alejó de nosotros.

Ermelinda, que apoyada en el hombro de su esposo habia ido leyendo los anteriores párrafos, lloraba en silencio.

Doña Margarita pidió los periódicos, y poniéndose tranquilamente los anteojos, se enteró de aquello que tanto afectaba á su hija y á sus nietos. Fué la que de todos conservó mas tranquilidad, no lloraba; pero reflexionaba; la grandeza de su alma y su sereno espíritu no se habian amenguado con la edad ni con los padecimientos.

—Angel Augusto, ven aquí, hijo mio, y escúchame, dijo la venerable anciana con voz firme.

El jóven se acercó.

Era tan solemne el acento de doña Margarita que Angela y Ermelinda se acercaron tambien como si esperasen de sus lábios alguna importante resolucion.

Doña Margarita esclamó:

—Hace seis años, hijo mio, que vives con tu esposa y con tus hijos, aspirando el nectar de la

mas pura felicidad, don precioso que no ha sido concedido á todos los mortales; ¿no es cierto?

—Sí, señora; y me duele haberme entregado tan de lleno á la dicha cuando mi padre es desgraciado.

—¡Y el mio tambien!.. ¡pobre!.. dijo Ermelinda enjugándose una lágrima.

—No lo será mucho tiempo; está arrepentido y el arrepentimiento es un segundo bautismo, esclamó Angela, yo iré á sacarle de la prision; con oro todo se consigue.

—¡Hija del alma!... dijo doña Margarita; has adivinado mi pensamiento.

—El arrepentimiento lo borra todo, madre mia; ese hombre es mi esposo, es el padre de mi hija, y mi deber es salvarle; partiré mañana para Italia.

—¡Dios bendiga tu noble corazon, hija mia!.. murmuró la anciana dejando correr una gruesa lágrima que mojaba sus párpados.

—Yo acompañaré á mamá y despues me iré á buscar á mi padre, y si se empeña en perma-

necer allí, participaré de sus peligros; dijo Angel Augusto.

—¡Nobles corazones!.,. esclamó doña Margarita enternecida.

Ermelinda inclinó la cabeza sobre el pecho y dejó correr sus lágrimas silenciosamente.

—¿Por qué lloras? la dijo su esposo.

—Porqué vas á separarte de mí.

—Un deber de conciencia me lo manda; contestó el jóven con entereza.

—Esa es la mayor causa de mi llanto; la idea que te guia es noble y será la resolucion invariable.

—No te pese; el bien tarde ó temprano fructifica; y yo no tardaré en estar á tu lado y al de nuestros queridos hijos.

Tres meses despues de la escena que acabamos de referir, Angela y Angel Augusto penetraban en un sombrío y lóbrego calabozo de una cárcel de Milan. En la mano llevaban la órden de libertad para Aquiles, y le buscaron en valde en el reducido aposento, no estaba allí el arrogante y orgulloso italiano; habíase transfor-

mado y en su lugar solo encontraron á un idiota que con estúpida risa les salió á recibir diciendo:

—¡Rosina!... ¡Rosina!... ¡Rosina!...

Su cabello estaba enteramente blanco, sus ojos hundidos, y su fisonomía solo revelaba la estupidez del idiota.

Una risa sardónica animaba siempre sus asquerosos labios, sin que pudiese articular mas palabras que ¡Rosina!... ¡Rosina!...

Este nombre era lo único que recordaba, habiendo olvidado por completo todas las demás sílabas del vocabulario.

—¡...Infeliz!... murmuró Angela, cubriéndose el rostro con las manos y sin poder contener el amargo llanto que brotaba de sus ojos.

Le sacaron de allí, y le trasladaron á España sin que hiciera el menor movimiento ni reconociese á sus bienhechores; se dejaba conducir maquinalmente, y en el sitio que le colocaban allí se estaba inmóvil, siempre con su estúpida risa y contestando á todo con sus únicas frases:

—¡Rosina!... ¡Rosina!... ¡Rosina!...

Cuando Angela quedó en Valencia, Angel Augusto quiso embarcarse en un vapor que partia para el Japon con ánimo de buscar á su padre; pero Ermelinda le presentó un periódico francés, donde se leia lo siguiente:

«Los infelices misioneros españoles que estaban en el Japon, han sufrido de los salvajes una persecucion horrible y espantosa; muchos han sido muertos, otros martirizados, salvándose unos cuantos en escaso número por la heroicidad y bravura del padre Augusto Salcedo, que á la cabeza de ellos los sacó del país embarcándose en un vapor americano que los habrá conducido á otros países salvajes donde estender la luz del Evangelio.»

—¡Oh padre de mi alma!... esclamó Angel Augusto, cayendo anonadado en un sitial.

—Hasta el cielo se despidió y no volveremos á vernos en el mundo, murmuró Angela.

¡Ay!... ¿quién es capaz de unir los corazones que el viento de la adversidad ha separado?

Desgraciados los que mirando solo en la

vida las falsas glorias, huyen de la verdadera dicha y desconocen que el amor es la base de la felicidad, el amor mútuo correspondido y tierno que enlaza las almas, equilibra la armonía y une las voluntades es el único árbitro de la dicha conyugal.

FIN DE ANGELA

Ó EL RAMILLETE DE JAZMINES.